TEATRO
MODERNO

9822

50 CTS

7

VICTOR HUGO
RUY BLAS

Sago
XXXI.

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Víctor Hugo

RUY BLAS

DRAMA EN CINCO PARTES

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 1 - VIII - 1931 NÚM. 306

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ruyblasdramaenci2637hugo

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Víctor Hugo

RUY BLAS

DRAMA EN CINCO PARTES

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 1 - VIII - 1931 NÚM. 306

PERSONAJES

Ruy Blas, la Reina, don Salustio, don César, don Guritán, Casilda, la duquesa de Alburquerque, el marqués del Bosto, el marqués de Santacruz, el conde de Alba, el conde de Camporreal, don Manuel Arias, el marqués de Priego, don Antonio Ubilla, Covadonga, Montazgo, un Paje, un Alcalde, un Alguacil, un Ujier, un Maestro de ceremonias.

Caballeros, pajes, lacayos.

La acción en España, durante el reinado de Carlos II.

PARTE PRIMERA

El salón de Danae del palacio Real de Madrid, amueblado de un modo magnífico al gusto semiflamenco propio del reinado de Felipe IV. A mano izquierda se abre una ventana con bastidor dorado y cristales pequeños, y a cada lado una puerta de comunicación con los aposentos interiores. Grandes y doradas vidrieras en el fondo, y una puerta vidriera, también dorada, que comunica con una extensa galería oculta tras de unos grandes cortinajes que se corren de arriba abajo detrás de las vidrieras.

(Aparece don Salustio por la puerta de la izquierda, seguido de su criado Ruy Blas y de Gudiel, su mayordomo, quien trae una caja y algunos líos como preparativos de viaje.)

SALUS. Ruy Blas, cierra esta puerta y abre la ventana. *(Ruy Blas obedece y luego, a una seña de don Salustio, vase por la puerta del fondo. Don Salustio se dirige a la ventana.)* Todos duermen... Va a amanecer... *(Vuélvese de repente a su mayordomo Gudiel.)* ¡Oh, mal rayo!... Hoy termina mi esplendor, Guriel; véome despedido, humillado, desterrado y despojado de toda mi grandeza... Pero el hecho es aun secreto; así que nada descubras... ¿Cómo imaginar que un amorío, que a mi edad convengo en que ha sido una locura, un devaneo con una camarera, hija de la nada, tuviese tales consecuencias? Pero vino de Neuburgo con la reina, pertenece a su servidumbre, y al verse seducida llevó sus quejas y el ilícito fruto a la estancia del rey; éste me mandó tomarla por esposa, yo me negué, y he ahí que se me destierra... ¡Me destierran! ¡Y después de veinte años de afanes y de ambición, cuando el sólo nombre de Bazán infundía espanto a los al-

caldes de corte, he de ver mi representación, mi poder, mis cargos, honores e ilusiones desvanecerse en un instante como el humo y desplomarse el edificio de veinte años de ambición en medio de las risotadas de todos...

GUDI. Nadie lo sabe todavía, señor.

SALUS. ¡Lo sabrán mañana!... Pero habremos partido; quiero desaparecer, mas no caer. *(Desabotónase la ropilla con rabia.)* Me aprietas tanto el vestido, amigo, que me sofoca... ¡Oh! Voy a trabajar en una profunda y subterránea contramina... ¡Desterrado yo!

GUDI. ¿Y de dónde os viene el golpe, señor?

SALUS. ¡De la reina! Pero me vengaré, ¿lo oyes?, me vengaré. Soy tu discípulo, Gudiel. Durante veinte años me has ayudado y servido en mis asuntos; conque ya sabes cuál se desenvuelven mis planes a la sombra del misterio y que, como buen arquitecto, penetro de una ojeada toda la profundidad de la sima que yo mismo he abierto. Me voy a tierras... Meditaré... ¡Por una mujer! Tú disponlo todo para la marcha, pues el tiempo urge; entretanto, voy a hablar al bribón que tú sabes; aunque no sé si podrá serme de utilidad. Hasta la noche todavía soy aquí el amo... Me vengaré, repito, y aunque todavía no sé de qué modo, quiero que mi venganza sea terrible. Corre a prepararte para el viaje. Silencio; vendrás conmigo; anda. *(Gudiel saluda y se retira.)*

SALUS. *(Llamando.)* ¡Ruy Blas!

R. BLAS *(Presentándose en el fondo.)* ¿Qué manda vuecencia?

SALUS. Como voy a abandonar el palacio, es necesario cerrar los postigos y dejar las llaves.

R. BLAS Está bien, señor. *(Se inclina con respeto.)*

SALUS. Oye; dentro de un instante va a pasar la reina por esta galería para ir a misa a su cámara de honor; por consiguiente, vuelve luego.

R. BLAS Señor, no faltaré.

SALUS. *(Dirigiéndose a la ventana.)* Ruy Blas, ¿ves en la plaza un hombre que enseña un papel a los de la guardia? Sin hablar palabra hazle seña de

que puede subir... por la escalera angosta. *(Ruy Blas obedece. Don Salustio continúa mostrándole la puertecita de la derecha.)* Antes de separarnos, observa en este cuarto si han despertado los alguaciles de servicio.

R. BLAS *(Va a la puerta, la entreabre, atisba y vuelve.)* Señor, duermen profundamente.

SALUS. Habla más bajo y no te alejes; puedo necesitarte; entretanto, observa si llega algún importuno. *(Sale don César de Bazán con el sombrero ladeado, capa andrajosa, que sólo deja visibles unas medias viejas y zapatos agujereados. Al entrar se encuentra con Ruy Blas y ambos se miran con ademán de sorpresa. Aparte, observándolos.)* ¡Se han sorprendido! ¿Si se conocerán? *(Ruy Blas se retira.)*

SALUS. ¿Estáis ahí, bribón?

CESAR Primo mío, aquí estoy.

SALUS. No deja de ser una satisfacción el veros tan andrajoso.

CESAR Mil gracias por el cumplido, amigo...

SALUS. ¡Sabemos tocante a vos tales proezas!...

CESAR *(Riendo con franca alegría.)* ¿Y son de vuestro gusto?

SALUS. ¡Oh! ¡Son muy meritorias!... La otra noche robaron a don Carlos de Mira la espada con vaina cincelada; fué la antevíspera de Pascua; sólo que, como es caballero de la Orden de Santiago, los bandidos le dejaron la capa.

CESAR ¿Y por qué?

SALUS. Por el distintivo de la orden que en ella estaba bordado. ¿Qué os parece el lance?

CESAR ¡Vava! ¡Que vivimos en un siglo espantoso! ¿Qué va a ser de nosotros si con tales consideraciones logran poner de su parte a Santiago?

SALUS. ¿Pero estabais con ellos?

CESAR ¿Y qué? Ya que he de decirlo, confieso que estuve allí, pero ni siquiera llegué a tocarle con un dedo a vuestro don Carlos; sólo di algunos consejos.

SALUS. ¡Bravo! Ayer, al ponerse la luna, salieron de un horrible garito de la plaza Mayor una mul-

titud de hombres perdidos, y atacaron a la patrulla. ¿También estabais vos?

CESAR Querido primo, siempre tuve a menos batirme con alguaciles: estaba allí, pero nada más; y mientras llovían estocadas paseábame por debajo de los arcos componiendo unos versos.

SALUS. Aun no es eso todo.

CESAR Veamos: ¿qué más hay?

SALUS. En Francia se os acusa a vos y a vuestros compañeros, rebeldes a toda ley, de haber desvalijado la caja de las gabelas.

CESAR No digo que... Pero Francia es un pueblo enemigo.

SALUS. En Flandes os encontrasteis con don Pablo Bartolomé, que llevaba a Muns el producto de unos viñedos cobrado por orden del noble cabildo, y pusisteis mano en los bienes del clero.

CESAR ¿En Flandes? Es muy posible. ¡He viajado tanto! ¿Hay algo más?

SALUS. Don César, cuando pienso en vos, la cara se me cubre de vergüenza.

CESAR Bueno, dejad que se cubra.

SALUS. Nuestra familia...

CESAR Nada sufre, puesto que en Madrid vos sólo conocéis mi verdadero nombre; no se hable, pues, más de familia.

SALUS. El otro día preguntóme una marquesa al salir del templo: «¿Quién es ese bandido que allí embozado se cuadra, mirando de reojo, más andrajoso que Job y más soberbio que Braganza? Vedle, envolviendo la miseria con su orgullo, cómo requiere su pesada tizona y pasea sus harapos con magistral arrogancia.»

CESAR *(Echando una mirada a su traje.)* Y vos respondisteis: «Es Zafari.»

SALUS. No; me avergoncé y se me coloreó el rostro.

CESAR Muy bien. ¡Y la señora se rió! Es muy meritorio eso de divertir a las mujeres.

SALUS. No os frecuentais más que con infames espadachines.

CESAR Estudiantes y gente alegre y dócil como corderos.

SALUS. No se os ve más que entre mujeres perdidas.

CESAR ¡Oh, amables Lucindas, hermosas Isabelas, a quienes celebro en mis versos, ved cómo se os trata!

SALUS. En fin, ese ladrón de Galicia, ese Matalobos, que, a pesar de la vigilancia de los alguaciles, llena de terror a Madrid, es también vuestro amigo.

CESAR Hablemos con formalidad. Sabed que sin él iría yo desnudo, lo que fuera en verdad cosa muy fea. Vióme sin vestido en medio de la calle por el mes de diciembre, y se conmovió de mi estado. La hermosa ropilla de seda que robaron a ese necio perfumado del conde de Alba hará cosa de un mes...

SALUS. ¿Qué?

CESAR Yo la poseo; el mismo Matalobos me la regaló.

SALUS. ¡La ropa de un conde! ¿Y no os avergonzais de...?

CESAR Nunca me avergonzaré de vestir una buena ropilla bordada que me calienta en invierno y me luce en verano. ¡Mirad, es nuevecita! *(Desembózase y muestra una soberbia ropilla de raso, color de rosa, bordada de oro.)* Todavía los bolsillos están llenos de mil billetes amorosos dirigidos al conde. Me ocurre a veces hallarme hambriento y percibir el olor de abundante cocina; entonces me siento cerca, y al tiempo que mi olfato saborea los nutridos perfumes de manjares exquisitos, mis ojos recorren los amorosos billetes del conde, engañando así al corazón y al estómago.

SALUS. ¡Don César!...

CESAR ¡Basta de reprensiones, primo mío! Ya sé que soy noble y uno de vuestros más próximos parientes: sé que me llamo don César, conde de Garofa; pero la suerte me hizo loco de nacimiento. Fuí rico, tuve palacios y vastas haciendas y las regalé liberalmente a las hermosas. ¡Qué le hemos de hacer! En menos de veinte años devoré mis bienes, sin quedarme de tantas prosperidades y grandezas más que un ejército de acreedores que me roían los talones como perros. Puse

pies en polvorosa, tomé otro nombre, y al presente soy un pícaro de buen humor: me llamo Zafari, y nadie sino vos sabe mi verdadero nombre. Y si vos, amigo, no me dais dinero, yo tampoco os lo pido. Nueve años hace que mi cama es el duro suelo y mi techo el estrellado firmamento, y así me creo feliz. ¡Y a fe que es buena felicidad! ¡Todos me creen en las Indias! ¡En el infierno! ¡Muerto! Mientras tanto la clara fuente me apaga la sed y me paseo aquí con aire de triunfo, voy a ver mi antiguo palacio, que pertenece a Espínola, nuncio de S. S., y hasta doy mi parecer a los trabajadores que se ocupan en esculpir una figura de Baco encima del portal... Ahora, amigo, ¿podríais prestarme diez escudos?

SALUS. Escuchad.

CESAR *(Cruzando los brazos.)* Vamos a ver, ¿qué tenéis que decirme?

SALUS. Os mandé venir para favoreceros, César; como soy rico, no tengo hijos, y sobre todo soy vuestro pariente, os miro con sentimiento arrastrado hacia un abismo y quiero libraros. Sois un mozo valiente, pero desgraciado; por consiguiente, pagaré a vuestros acreedores, os haré recobrar vuestros palacios, os haré de nuevo un gran señor en la corte y con las damas; morirá Zafari y renacerá César. Quiero que os proveais de dinero en mis arcas a manos llenas y sin medida, porque es regular que uno favorezca a sus parientes. *(Mientras está hablando don Salustio, la fisonomía y aire de don César toman una expresión alegre, admirada y llena de confianza, y al fin se echa a reír.)*

CESAR Siempre fuisteis hombre de talento; de modo que lo que me estais diciendo es elocuente en extremo... Proseguid.

SALUS. A todo esto, César, sólo pongo una condición que luego os explicaré; entretanto, tomad mi bolsa.

CESAR *(Tomando la bolsa llena de oro.)* ¡Es un regalo magnífico!

SALUS. Y voy a daros quinientos ducados...

CESAR *(Asombrado.)* ¡Marqués!

SALUS. ¡Hoy mismo!

CESAR Soy vuestro enteramente; en cuanto a las condiciones, mandad. A fe de valiente, podéis disponer de mi espada. Desde ahora soy vuestro esclavo, y si queréis cruzaré mi acero con el mismo don Spavento, capitán del infierno.

SALUS. No, César; no la acepto, ni se trata de vuestra espada.

CESAR Entonces ¿de qué se trata? Casi no tengo otra cosa que ofreceros.

SALUS. *(Bajando la voz.)* Vos conocéis, y no deja de ser en este caso una fortuna, a todos los pordioseros de Madrid.

CESAR Me hacéis mucho honor.

SALUS. Siempre os sigue de ellos una jauría, y no ignoro que si conviniese podríais promover una asonada; todo esto tal vez nos servirá.

CESAR *(Echándose a reír.)* Parece que estáis arreglando una comedia. Veamos qué papel me destináis. Mirad que soy muy aficionado a lo gracioso.

SALUS. *(Con gravedad.)* Considerad que no hablo a Zafari, sino a don César de Bazán. *(Baja la voz.)* Oíd: para cierto plan oscuro y misterioso, necesito de alguien que me ayude y trabaje conmigo a la sombra del secreto en la consecución de un gran designio. No soy yo un malvado; pero hay casos en que el hombre más delicado debe dejar a un lado todo escrúpulo y hacer su negocio. Serás rico, pero es necesario que me ayudes a tender un lazo disimulado por el brillo de un espejo, como hacen los cazadores de alondras; en fin, tengo necesidad de un plan ingenioso y terrible, un plan de venganza.

CESAR ¿Y de quién os he de vengar?

SALUS. De una mujer.

CESAR *(Tomando un ademán altivo y mirando fijamente a don Salustio.)* ¡Basta, don Salustio! Voy a deciros mis sentimientos sobre el particular. El hombre que ciñe un noble acero y emplea medios tortuosos y rastreros para vengarse de

una débil mujer, el que nació caballero y obra como un infame, aunque sea un grande de España condecorado con todas las órdenes, sea marqués, conde o vizconde o lo que se quiera, a mis ojos no es más que un pícaro redomado, un cobarde a quien quisiera ver pendiente de la horca.

SALUS. ¡ César !...

CESAR No digais más ; es hacerme un ultraje. *(Arrojando la bolsa a los pies de don Salustio.)* Guardad vuestro oro y vuestro secreto. Entiendo que puede uno robar, matar, saltear una cárcel en una noche oscura, al frente de cien valientes resueltos, y degollar carceleros y verdugos como bandidos que somos ; en cuyo caso son hombres contra hombres y el peligro es igual por ambas partes. Pero ¡ atentar contra una mujer ! ¡ Abrir un abismo bajo sus pies, y acaso abusar de su honor ! ¡ Enredar a una inocente avecilla en una hedionda liga ! Júroos ante Dios, que ve mi corazón, que antes de llegar a tal extremo de vileza e indignidad, prefiriera ver mi cráneo roído de perros al pie de una picota.

SALUS. ¡ Primo !

CESAR ¡ No deseo vuestros beneficios mientras en mi vida independiente encuentre agua en el arroyo, aire en los campos, un ladrón que me vista en la ciudad, el olvido de mis antiguas prosperidades y la sombra de vuestros palacios para dormir las calurosas siestas ! Con que así, adiós ; os dejo con los cortesanos, vuestros semejantes, y vuélvome a mis bandidos : quiero vivir con los lobos, no con las víboras.

SALUS. Esperad.

CESAR Abreviemos ; si me mandáis que aguarde para llevarme a la cárcel, sea pronto.

SALUS. Vaya, César ; os creía algo más duro ; la prueba os ha sido favorable y estoy satisfecho de vos ; por consiguiente, venga la mano.

CESAR ¡ Cómo !

SALUS. Todo ha sido pura chanza, y con el único objeto de probaros.

CESAR ¡Con que estoy soñando! ¿Esa mujer, esa intriga, esa venganza...?

SALUS. Es imaginario todo.

CESAR Corriente. ¿Y la promesa de satisfacer a mis acreedores y los quinientos ducados, son también cosas imaginarias?

SALUS. Voy por ello. *(Dirígese a la puerta del fondo y hace seña a Ruy Blas para que entre.)*

CESAR *(Aparte, desde el proscenio y mirando de soslayo a don Salustio.)* ¡Qué cara de bribón y qué corazón de traidor!

SALUS. *(A Ruy Blas.)* Quédate aquí. *(A don César.)* Vuelvo al instante. *(Vase por la puerta de la izquierda. Así que se ha ido, Ruy Blas y don César corren uno a otro conviveza.)*

CESAR No me engañé. ¿Eres el mismo Ruy Blas?

R. BLAS ¿Y tú, Zafari, a qué vienes a este palacio?

CESAR Estoy de paso, pues soy un pájaro que gusta del espacio. Pero ¿tú con esa librea? ¿Es tal vez algún disfraz?

R. BLAS *(Con abatimiento.)* No, amigo mío.

CESAR ¿Qué estás diciendo?

R. BLAS Déjame estrechar tu mano, como en aquellos tiempos en que no sabía dónde acostarme, ni cómo llenar el estómago; en que, en una palabra, era libre. Cuando nos conocimos, ¿te acuerdas?, todavía era un hombre; ambos salimos de la plebe y nos parecíamos de tal modo que nos creían hermanos: pasábamos los días cantando juntos, y las noches tendidos uno al lado del otro a campo raso, y hasta que llegó la hora fatal de separarnos, de ir cada uno por su lado. Pero, en fin, te vuelvo a ver después de cuatro años, siempre el mismo, alegre como unas Pascuas y libre como un gitano; ¡siempre el mismo Zafari, contento, rico y satisfecho en medio de tu misma miseria! ¡Ay, en mí ha habido una gran mudanza! ¿Qué podré decirte, hermano? Siendo un pobre huérfano educado por compasión en un colegio, me llené de saber y de orgullo, y en vez de dedicarme al trabajo alimenté con ambiciosos delirios mi fantasía. Bien lo sabes, pues me conociste entonces:

leístes mis deseos, expuestos en versos insensatos. «¿De qué sirve el trabajo?», decía. Y creía posibles los sueños de mi ambición y todo lo esperaba de la fortuna. A más, soy de aquellos ociosos que permanecen plantados todo el día delante de un opulento palacio mirando entrar y salir a las duquesas y condesas; aunque muerto de hambre, a menudo he recogido el pan donde he podido hacerlo. En medio de mi miseria y holgazanería, con los pies descalzos y llenos de andrajos, pasaba el tiempo meditando sobre el destino de la humanidad, la triste suerte de nuestra España, y el resultado, amigo, aquí lo ves... ¡Un lacayo!

CESAR Sí, ya lo sé; el hambre es una puerta baja, y cuanto más alto es el que por ella ha de pasar, más debe encorvarse... Pero la fortuna tiene su flujo y refluio... No pierdas la esperanza.

R. BLAS *(Meneando la cabeza.)* El marqués de Finlas es mi amo.

CESAR Ya le conozco. ¿Vives acaso aquí en palacio?

R. BLAS Hasta esta mañana, hace un momento, no había pasado sus umbrales.

CESAR ¿De veras? Pero tu amo, para desempeñar su cargo, ¿vive aquí?

R. BLAS En efecto, pues a cada momento le llama la corte. Sin embargo, tiene una habitación en un sitio ignorado, a la que acaso nunca ha ido de día; un discreto retiro que está a cien pasos de palacio, y allí vivo yo. A veces el marqués va por la noche, y entra por una puerta secreta de la que sólo él tiene la llave, acompañado de hombres encubiertos: hablan misteriosamente, se encierran, y nadie sabe lo que pasa entre ellos. Hay allí dos criados negros y mudos para quienes soy el amo y que ni siquiera saben mi nombre.

CESAR Sí; allí, como jefe de los alcaides, recibe a sus espías y tiende sus emboscadas. Es hombre muy profundo, en cuya mano está todo.

R. BLAS Díjome ayer: «Mañana, antes del amanecer, debes hallarte en palacio y entrarás por la verja dorada». Al llegar me mandó vestir esta librea;

has de saber que es hoy la primera vez que llevo este odioso traje.

CESAR *(Estrechándole la mano.)* ¡No pierdas la esperanza, amigo mío!

R. BLAS ¡Esperar! Pero aun no te lo he dicho todo. Este traje deshonroso, la pérdida de la alegría y el orgullo, es nada comparado con lo que vas a oír: arde en mi pecho una llama terrible.

CESAR ¿Qué quieres decir?

R. BLAS Inventa en tu imaginación y suponte lo más extravagante, lo mas insensato, lo más terrible e inaudito, y aun distarás mucho de adivinar mi secreto... Has de saber, Zafari... ¡Voy a dejarte asombrado! ¡¡Sabe que estoy enamorado de la reina!!

CESAR ¡Dios mío!

R. BLAS Bajo un dosel adornado con un globo imperial, hay en El Escorial, en Aranjuez y a veces en este palacio, un hombre que por lo elevado se pierde de vista, cuyo nombre se pronuncia con terror, y ante el cual, como ante Dios, todos somos iguales; un hombre a quien miran temblando y sirven de rodillas, siendo un gran honor poder cubrirse en su presencia; un hombre que con una seña puede hacer rodar por el suelo tu cabeza y la mía, y cuyos más leves caprichos son otros tantos acontecimientos de la mas sublime importancia; un hombre, en fin, que envuelto en su soberbia majestad, hace sentir el peso de su voluntad en más de medio mundo. Pues bien; ese hombre me causa celos en medio de mi infame librea de lacayo.

CESAR ¿Celoso tú del rey?

R. BLAS Sí; estoy celoso del rey, pues amo a su esposa.

CESAR ¡Desdichado! ¿Te has vuelto loco?

R. BLAS Escucha. Todos los días la aguardo al paso. Estoy loco, ya lo sé: la vida de esa infeliz mujer es un eterno fastidio. No hay noche que no piense en ella. Figúrate que vive en esta mentirosa corte, esposa de un rey que pasa todo el tiempo cazando; de un imbécil viejo de treinta años, ¡siendo ella tan joven y tan hermosa! ¡Qué desgracia!

Todas las tardes la veo cuando va a las hermanas del Rosario, subiendo por la calle de Hortaleza; no sabré decirte cómo nació mi loca pasión, pero llega a tanto, que hago diariamente una legua de camino hasta Carabanchel para proporcionarme ciertas flores azules parecidas a las de Alemania, de que ella gusta; hago un ramillete y por la noche, como un ladron, me descuelgo en el jardin real y lo pongo en el asiento favorito de mi soberana. Hasta—compadécete de mí—ayer me aventuré a poner entre las flores una carta. No obstante, para llegar al asiento predilecto es necesario transponer los altos muros del jardín, coronados de puntas de hierro, entre las que un dia dejaré mis entrañas, y al cabo aun no puedo saber si halló mis flores y mi billete. ¡Ya ves, amigo, cuán insensato soy!

CESAR ¡Por vida del diablo! ¿Sabes que tu travesura tiene sus peligros? ¡Cuidado, amigo! El conde de Oñate la ama también y la guarda, y antes que se marchiten tus flores pudiera muy bien caer tu cabeza. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Amar a la reina! ¿Cómo demonitre ha sido eso?

R. BLAS Yo mismo lo ignoro. Mi corazón es un infierno, y vendiera mi alma por ser uno de esos nobles que veo desde la ventana entrar como una viva afrenta para mí, con su lujo y orgullo. ¡Sí; de buena gana me condenaría como pudiese acercarme a la reina con un traje honroso! Pero ¡oh rabia! ¡Verme entre ellos con esa vil librea, ser a sus ojos un lacayo!... ¡Oh! ¡Compasión, Dios mío! *(Acercándose a don César.)* ¿Me preguntas por qué y cuánto hace que la amo?... Cierto día... Mas, ¿de qué sirve esto? Siempre te conocí la misma manía de martirizar a uno con las preguntas de «¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Donde?» Mi sangre hierve: la adoro hasta el delirio, y esto es todo.

CESAR ¡Hombre, no enfadarse!

R. BLAS *(Cayendo, pálido y abatido, en un sillón.)* No; ¡pero sufro mucho! Perdóname, o mejor, déjame; abandona a un loco que con espanto lleva las pa-

siones de un rey en su corazón, cubierta con la librea de un lacayo.

CESAR *(Poniéndole la mano en el hombro.)* ¡Abandonarte! ¡Yo, miserable de mí, que nunca he amado y vivo indigente, así de amor como de dinero, que tengo muerto el corazón y el alma desmayada! No, amigo Ruy Blas. ¡Cuánto te compadezco! ¡Te envidio! *(Siguen algunos instantes de silencio, durante los cuales se estrechan la mano con ademán de tristeza y amistosa confianza. Luego sale don Salustio y adelántase despacio, fijando los ojos con profunda atención en don César y en Ruy Blas, que no le han visto aún. En una mano trae un sombrero y una espada, que deja en una silla, y en la otra mano una bolsa, que pone luego encima de la mesa.)*

SALUS. *(A don César.)* Ahí está el dinero. *(Al oír la voz de don Salustio, Ruy Blas se levanta sobresaltado y se mantiene en pie en actitud respetuosa.)*

CESAR *(Aparte y mirando de soslayo a don Santiago.)* ¡Lléveme el diablo si este hombre sombrío no estuvo escuchándonos! Pero ¿qué importa? *(Alto, a don Salustio.)* Don Salustio, muchísimas gracias. *(Abre la bolsa, derramando el dinero encima de la mesa; lo arregla en montones y mientras está distraído contándolo, don Salustio va al fondo del aposento, abre la puertecita de la derecha, hace una seña, y salen tres alguaciles vestidos de negro y armados de espada. Don Salustio les señala misteriosamente a don César. Ruy Blas, que permanece apartado, con los ojos bajos y embebido en su idea, no repara ni oye nada de lo que sucede.)*

SALUS. *(Aparte, a los alguaciles.)* Cuando se vaya aquel hombre le seguiréis, os apoderaréis de él y le iréis a embarcar en Denia. *(Entregándoles un pergamino sellado.)* Aquí os entrego la orden. Sin hacer caso de sus lamentos, lo venderéis, estando en alta mar, a los corsarios de Africa. Si lo hacéis como os digo, y pronto, ganaréis mil ducados. *(Los tres alguaciles hacen una cortesía y vanse.)*

CESAR *(Acabando de arreglar los ducados.)* No hay nada

tan termoso ni divertido como arreglar escudos propios. *(Hace dos partes iguales y se vuelve a Ruy Blas.)* Hermano, aquí tienes tu parte.

R. BLAS ¡Cómo!

CESAR *(Mostrándole uno de los montones de dinero.)* Toma, vente conmigo y sé libre.

SALUS. *(Observando desde el fondo.)* ¡Es cosa admirable!

R. BLAS *(Meneando la cabeza como rehusando.)* ¡No, mi corazón es el que debiera ser libre! ¡Mi destino es permanecer aquí!

CESAR Muy bien. Dios sabe quién es más cuerdo de los dos. *(Recoge el dinero en la bolsa y lo mete en la faltriquera.)*

SALUS. *(Observando desde el fondo, aparte.)* En efecto, se parecen. ¡El mismo aire, la misma fisonomía!...

CESAR *(A Ruy Blas.)* ¡Adiós!

R. BLAS ¡Venga acá esa mano! ¡Adiós! *(Estrechándose las manos; don César váse sin ver a don Salustio, quien se mantiene separado.)*

SALUS. ¿Ruy Blas?

R. BLAS *(Volviéndose con viveza.)* ¿Señor?

SALUS. Cuando entraste esta mañana no tengo presente si había amanecido.

R. BLAS Todavía no, señor; sin hablar palabra presenté vuestro pase al portero, y luego subí hasta aquí.

SALUS. ¿Ibas embozado en la capa?

R. BLAS Sí, señor.

SALUS. Así, ¿nadie en palacio te ha visto con esta librea?

R. BLAS Nadie; ni en palacio ni en Madrid.

SALUS. *(Señalando la puerta por donde se ha ido don César.)* Muy bien. Cierra aquella puerta. Quítate esa casaca. *(Ruy Blas obedece y se quita la casaca de librea.)* ¿Creo que tienes muy buena letra? Escribe. *(Hace seña a Ruy Blas de que se siente junto a la mesa, en la que hay recado de escribir.)* Hoy serás mi secretario; y para dar principio voy a dictarte una carta amorosa. Nada quiero ocultarte: es para la reina de mi corazón, para la hermosa doña Práxedes; así, escribe: «Un terrible peligro amenaza mi vida; sólo vos,

reina mía, podéis librarme viniendo esta noche a mi casa; de lo contrario, estoy perdido sin remedio. A vuestros pies pongo mi corazón y mi vida.» *(Se interrumpe riendo.)* Un riesgo. ¡No es mala estratagema para atraerla a mi casa, pues las mujeres gustan de salvar al mismo que las pierde. Añade: «Entraréis de noche, sin ser conocida de nadie, por la puerta de la calle, que os abrirá un sujeto de toda confianza.» ¡La invención es excelente! Ahora firma el billete.

R. BLAS ¿Vuestro nombre?

SALUS. No; pon don César, nombre que uso en mis aventuras.

R. BLAS *(Después de firmar.)* Esta señora podrá extrañar la letra.

SALUS. No; el sello basta; además, escribo así muy a menudo. Ruy Blas, voy a marchar de Madrid, y te dejo aquí, pues he formado sobre ti proyectos hijos de una verdadera amistad; tu estado va a cambiar muy pronto; pero es necesario que me obedezcas en todo... Te creo un servidor fiel, discreto y reservado.

R. BLAS *(Inclinándose.)* ¡Señor!

SALUS. Quiero subirte a mejor destino.

R. BLAS *(Enseñando la carta que acaba de escribir.)* ¿A dónde debe llevarse esta carta?

SALUS. Ya me encargaré yo de ella. *(Acércase a Ruy Blas con aire significativo.)* Quiero hacer tu felicidad. *(Pausa. Hace seña a Ruy Blas de que vuelva a sentarse a la mesa.)* Escribe: «Yo, Ruy Blas, lacayo al servicio del señor marqués de Finlas, me obligo a servirle como fiel criado en todas ocasiones, así públicas como secretas.» *(Ruy Blas lo escribe.)* Fírmalo con tu nombre. La fecha... Bueno; dámelo. *(Dobla el papel y la carta que acaba de escribir Ruy Blas y lo mete en su cartera.)* Acaban de traerme una espada... ¡Ah! Ahí está, sobre la silla. *(Señala la silla en que puso la espada y el sombrero; va y toma la espada.)* La banda es de raso, bordada con todo primor y delicadeza. *(Hace admirar a Ruy Blas la finura del tejido.)* Observa... ¿Qué te parece esta flor?

El puño es obra de Gil, el mejor cincel de España. *(Pone la banda de que pende la espada a Ruy Blas.)* ¡A ver cómo te sienta!... ¡Hola! ¡Pareces un caballero completo! *(Escucha.)* Llegan ya... Es la hora en que pasa la reina... El marqués del Basto. *(Abrese la gran puerta vidriera del fondo. Don Salustio se quita rápidamente la capa y la echa encima de los hombros de Ruy Blas, así que va a aparecer el marqués del Basto; luego se dirige a éste, arrastrando consigo al asombrado Ruy Blas. A continuación entran el marqués de Santa Cruz, el conde de Alba y una numerosa corte de caballeros y damas.)*

SALUS. *(Al marqués del Basto.)* ¿Me permitiréis, marqués, que presente a vuestra gracia a don César, mi primo, conde de Garofa, cerca de Velalcázar?

R. BLAS *(Aparte.)* ¡Cielos!

SALUS. *(En voz baja a Ruy Blas.)* ¡Silencio!

BASTO *(Saludando a Ruy Blas.)* Señor... Me alegro... *(Toma la mano a Ruy Blas, quien se la abandona confuso y aturdido.)*

SALUS. *(En voz baja a Ruy Blas.)* Salúdale y confórmate a todo. *(Ruy Blas devuelve el saludo al marqués.)*

BASTO *(A Ruy Blas.)* Profesé un gran afecto a vuestra madre. *(A don Salustio, en voz baja.)* ¡Mucho ha cambiado! Apenas le hubiera reconocido.

SALUS. *(Aparte al marqués.)* ¡Tantos años de ausencia!...

BASTO *(Aparte a don Salustio.)* Verdaderamente...

SALUS. *(Dando un golpecito en el hombro a Ruy Blas.)* ¡Vedle ahí de regreso! ¿Os acordáis, marqués? Fué un verdadero hijo pródigo. ¡Cómo sabía derramar el dinero! Cada día bailes, músicas, banquetes, galas y conciertos, y un lujo que deslumbraba a todo Madrid; de suerte que en menos de tres años devoró todos sus bienes. Ahora acaba de llegar de las Indias.

R. BLAS *(Con embarazo.)* Señor...

SALUS. *(Alegremente.)* Llamadme primo, pues lo somos; los Bazán proceden de una alcurnia muy noble, y tenemos por ascendiente a Iñigo de Ibiza. Su

nieto, Pedro de Bazán, casó con Mariana Gor, de quien tuvo a Juan, que fué almirante general en tiempo del rey don Felipe; tuvo dos hijos, que añadieron dos escudos al antiguo árbol de la familia. Yo soy el marqués de Minlas, y vos el conde de Garofa; por parte de madre es igual también vuestro rango: vois sois Aragón y yo de Portugal; vuestra rama es tan elevada como la nuestra, pues soy el fruto de la una y vos la flor de la otra.

R. BLAS *(Aparte.)* ¿Dónde irá esto a parar? *(Mientras don Salustio está hablando, se les acerca el marqués de Santacruz y don Alvaro Bazán, anciano con bigote y pelucón.)*

SANTA. Muy bien explicáis nuestra genealogía; si es primo vuestro, lo es mío también.

SALUS. Ciertamente, pues tenemos un mismo origen, señor de Santacruz. *(Preséntale a Ruy Blas.)* Aquí tenéis a don César.

SANTA. ¿Seguramente no será el que creíamos muerto?

SALUS. El mismo.

SANTA. ¿Ha vuelto?...

SALUS. De las Indias.

SANTA. *(Examinando a Ruy Blas.)* En efecto...

SALUS. ¿Lo reconocéis?

SANTA. Ciertamente; ¡como que le vi nacer!

SALUS. *(En voz baja a Ruy blas.)* El buen hombre está ciego y no quiere parecerlo; os ha reconocido para probar que tiene buena vista.

SANTA. *(Alargando la mano a Ruy Blas.)* Venga la mano, primo mío.

R. BLAS *(Inclinándose.)* Señor...

SANTA. *(En voz baja a don Salustio, y señalando a Ruy Blas.)* No puede estar mejor. *(A Ruy Blas.)* Mucho me alegro de volveros a ver.

SALUS. *(Tomando al marqués aparte, en voz baja.)* Voy a pagar a todos sus acreedores. En el puesto que ocupáis podéis también serle útil; si vacase actualmente algún empleo cerca del rey o de la reina...

SANTA. *(En voz baja.)* Es un joven que encanta; no me olvidaré de él; máxime siendo de la familia.

SALUS. *(En voz baja.)* Como gozáis de tanto influjo en el Consejo de Castilla, os lo recomiendo. *(Sepárase del marqués de Santacruz y se dirige hacia otros señores, a quienes presenta a Ruy Blas, y entre ellos al conde de Alba, que lleva un traje riquísimo y cubierto de condecoraciones.)* Señores, aquí tenéis un primo mío: César, conde de Garofa, cerca de Velaicázar. *(Los caballeros saludan a Ruy Blas, que les corresponde asombrado y confuso.)*

SALUS. *(Al conde de Ribagorza.)* Ayer no se os vió en el baile de Atalanta. Sabed que Lindamira bailó maravillosamente. *(Examina el vestido del conde de Alba.)* ¡Qué ropilla tan hermosa, señor conde!

ALBA Otra tenía que lo era aún más; pero robómela Matalobos. *(Sale un maestro de ceremonias y desde el fondo dice:)*

MAEST. La reina se acerca, señores; cada uno a su lugar.

SALUS. *(Aparte a Ruy Blas.)* Por ventura cuando tu suerte te engandece, ¿ha de menguar tu alma? Despierta, Ruy Blas; me voy a Madrid; te doy mi casa de cerca el puente en que ahora vivimos y con ella te entrego también los mudos; yo no pretendo conservar más que las llaves de las puertas secretas. Pronto recibirás de mí otras órdenes. Así, pues, toda vez que hago tu fortuna, haz tú mi voluntad: elévate siempre sin temor, pues la ocasión no puede ser más propicia. En la corte nadie ve claro, y en ella, amigo, es preciso ir siempre adelante con los ojos cerrados. *(Aparecen nuevos guardias en el fondo.)*

UJIER ¡La reina!

R. BLAS *(Aparte.)* ¡La reina! ¡Ah! *(La reina atraviesa el fondo, vestida con toda magnificencia, rodeada de señoras y de pajes bajo un palio de terciopelo de color de escarlata que llevan cuatro nobles con la cabeza descubierta. Ruy Blas, aturdido y deslumbrado por tanto esplendor, la contempla como extático. Cúbrense los grandes de España; el marqués del Basto, el conde de*

Alba, el marqués de Santacruz y don Salustio. Este último corre a la silla y toma el sombrero, que entrega a Ruy Blas.)

SALUS. *(A Ruy Blas, poniéndole el sombrero.)* ¿En qué estáis pensando, don César? Cubríos. ¿Olvidáis que sois grande de España?

R. BLAS *(Aparte a don Salustio.)* ¿Qué me mandáis ahora, señor?

SALUS. *(Señalándole a la reina, que atraviesa lentamente la galería.)* Corteja a esa mujer hasta hacer de ella tu amante.

PARTE SEGUNDA

Un salón contiguo al aposento de la reina, con una puerta a la izquierda que comunica con dicho aposento, y otra a la edrecha, que da a les demás estancias exteriores. En el fondo hay grandes ventanas abiertas. Los muebles consisten en una gran mesa, sillones y un magnífico escaparate con una imagen, a cuyo pie se lee: «Santa María Esclava». En el lado opuesto, una virgen, ante la cual arde una lámpara de oro, y junto a ésta el retrato de Carlos II, de cuerpo entero. La escena en una hermosa tarde de verano.

(La Reina doña María de Neuburgo está sentada al lado de Casilda, joven y hermosa camarista. La Reina borda e interrumpe muy a menudo su tarea para hablar. En el lado opuesto se encuentra sentada en un sillón doña Juana de Alburquerque, camarera mayor, trabajando en una tapicería. Cerca de ella varias dueñas están ocupadas en labores femeninas. En el fondo está don Guritán, conde de Oñate.)

REINA ¡Por fin se fué el marqués de Finlas! Y ahora que debiera estar tranquila, pésame al contrario haberlo desterrado de la corte.

CASIL. ¿No se ha cumplido vuestra voluntad con su destierro?

REINA Ese hombre me detesta.

CASIL. Vuestra Majestad...

REINA Ciertamente lo extrañarás, Casilda; pero ese marqués es para mí como un genio infernal. El otro día, aunque debía partir a la mañana siguiente, tuvo valor para asistir al besamanos. Todos los grandes se adelantaban en orden hacia el trono; yo les alargaba la mano, triste, pero tranquila, examinando una batalla pintada en la pared de enfrente, cuando de repente bajé los ojos y se me presentó ese hombre temible. En cuanto le vi, él sólo me llamó la atención; adelantábase con pasos lentos, jugando con el mango de una daga cuya hoja asomaba alguna vez fuera de la preciosa vaina, con ademán grave y mirar siniestro. Luego se bajó para besarme la mano y me pareció sentir la ponzoñosa baba de una víbora.

CASIL. Cumplía su deber.

REINA Sus labios no eran como los de los demás; aquella fué la última vez que le vi, y desde entonces me ocupa muy a menudo el pensamiento. Muchas veces me digo: «Este hombre tiene un alma perversa, y yo no soy más que una débil mujer». Preséntaseme en sueños besándome la mano, relumbrando en sus ojos el odio y el fuego de la venganza; siento correr su beso glacial por mis venas y llegar a mi corazón. ¿Qué dices a esto, Casilda?

CASIL. Es pura imaginación, señora.

REINA Pero mi alma sufre además otras penas más reales. *(Aparte.)* ¡Ah! Debo callar lo que más me atormenta. *(A Casilda.)* Dime: esos pobres que no se atrevían a acercárseme...

CASIL. *(Yendo a mirar desde la ventana.)* Ya sé... Están todavía ahí, en la plaza.

REINA Toma, échales este bolsillo. *(Casilda toma el bolsillo y lo echa a los pobres desde la ventana.)*

CASIL. ¡Ah!, señora, por favor, ya que con tal bondad prodigáis las limosnas. *(Señala a don Guritán que permanece en pie y silencioso en el fondo de la sala contemplando a la reina con miradas de mudo amor.)*, ¿no concederéis nada, ni una pa-

labra siquiera, al conde de Oñate, ese anciano valiente cuyo corazón palpita bajo su armadura, lleno de un afecto tanto más tierno cuanto más dura es la corteza?

REINA Es un hombre muy fastidioso.

CASIL. Convengo en ello; pero habladle...

REINA *(Volviéndose hacia don Guritán.)* Buenas tardes, conde. *(Don Guritán se acerca a la Reina haciendo tres cortesías y besa, suspirando, la mano de la soberana, la que deja hacer distraida e indiferente. Luego vuelve don Guritán a su sitio, al lado de la camarera mayor.)*

GURI. *(A Casilda, al retirarse.)* ¡Qué encantadora está hoy la reina!

CASIL. *(Viendo que se retira don Guritán.)* ¡Pobre hombre!

REINA *(Con una sonrisa melancólica.)* ¡Calle!

CASIL. Para ser feliz bástale sólo veros y halla en contemplaros un manantial de gozo. *(Repara en una cajita que hay encima de un rinconera.)* ¡Qué caja tan hermosa!

REINA ¡Ah! Yo tengo la llave.

CASIL. ¡La madera es exquisita!

REINA *(Entregando la llave a Casilda.)* Abrela, y verás en ella varias reliquias para enviar a Neuburgo, a mi padre, de que estará muy contento... *(Queda un rato pensativa, y luego, como queriendo desechar alguna idea, dice aparte.)* No quiero pensar más en ello; es una idea que quisiera olvidar. *(A Casilda.)* Ve a mi estancia y tráeme un libro... Pero, ¡ah! Estoy fuera de mí; ni un libro alemán hay en ella; todos son en lengua española. Por otra parte, el rey se halla cazando y siempre ausente. ¡Qué tedio! En el espacio de doce meses aun no le he visto doce días.

CASIL. ¡Para vivir así, se casan con un monarca! *(La Reina queda otra vez pensativa; luego vuelve en sí de su meditación como haciendo un gran esfuerzo.)*

REINA ¡Quiero salir! *(Al decir esto la reina con tono imperioso, la duquesa de Alburquerque, que hasta entonces ha permanecido inmóvil en su sitio,*

se levanta y hace una profunda cortesía a la Reina.)

DUQU.ª Para que la reina salga, según el ceremonial de etiqueta, deben abrir las puertas tantos grandes de España cuantos estén encargados de las llaves, y a estas horas es imposible que ninguno de ellos se halle en palacio.

REINA ¡Me tienen, pues, encerrada! ¿Se pretende, marquesa, que al fin llegue a morirme de fastidio?

DUQU.ª *(Con otra cortesía.)* Soy camarera mayor, y en esto cumplo con los deberes de mi cargo. *(Vuelve a sentarse.)*

REINA *(Aparte, apoyando la frente en ambas manos.)* Vamos a meditar un poco más. Pero, no. *(Alto.)* Pronto, venga un lansquenete, vengan mis mujeres, una mesa y jugaremos.

DUQU.ª *(A las dueñas.)* No os mováis, señoras. *(Levantándose y haciendo una cortesía a la Reina.)* Según antigua costumbre, su majestad la reina de España no puede jugar más que con reyes o con los parientes del rey.

REINA *(Con enfado.)* Que vengan, pues, estos parientes.

CASIL. *(Aparte y mirando a la duquesa.)* ¡Maldita dueña!

DUQU.ª *(Haciendo la señal de la cruz.)* Señora, Dios no se los concedió al actual soberano, quien desde la muerte de la reina madre es solo de la real familia.

REINA Entonces que me traigan un refresco, cualquiera cosa.

CASIL. ¡Mucho os divertirá! *(Con ironía.)*

REINA Me acompañas, Casilda, y tomarás también algo.

CASIL. *(Aparte y mirando a la camarera mayor.)* ¡A ver qué tiene que decir sobre esto la respetable abuela!

DUQU.ª *(Con una cortesía.)* Cuando no está el rey, la reina, según el uso, debe comer sola.

REINA *(Con extremado enojo.)* ¿Qué puedo hacer, Dios mío? No me dejan salir, ni jugar, ni hacer nada a mi gusto. ¡Por cierto que desde que soy reina me estoy muriendo de aburrimiento!

CASIL. *(Aparte, mirando a la Reina con compasión.)* ¡Desdichada señora! ¡Pasar todos los días con

el mismo tedio dentro de una insulsa corte, sin más distracción que la vista monótona del agua muerta de un estanque y de un conde viejo que piensa en sus amores!

REINA ¿Qué haremos? A ver, Casilda, si se te ocurre alguna idea.

CASIL. Una se me ocurre; puesto que en ausencia del rey vos gobernáis el reino, haced llamar a los ministros y así os distraeréis.

REINA *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Qué idea! ¡Tener delante ocho caras siniestras que hablan de Francia y de su decrépito rey, de Roma, del retrato del archiduque que pasean procesionalmente en Burgos bajo un palio que llevan cuatro regidores... ¡No, Casilda; busca otra cosa!

CASIL. Bueno; ¿y si para desvanecer vuestro tedio mandase subir a algún escudero joven?...

REINA ¡Casilda!

CASIL. Ciertamente, señora, desearía ver algún rostro joven. Tan cansada estoy de no ver en esta venerable corte más que caras de viejos, que no parece sino que envejece una antes teniendo siempre ancianos a la vista.

REINA Ríe, amiga, que ya vendrá para ti aquel día en que el corazón se reconcentra y se desvanece la alegría. *(Pensativa.)* Toda mi dicha consiste en recorrer ese rincón del parque a donde me es permitido ir sola.

CASIL. ¡Bella dicha, y hermoso sitio, en que hay lazos tras de cada estatua y donde los muros son más altos que los árboles!

REINA De veras, desearía salir de cuando en cuando.

CASIL. *(Con voz baja.)* Oidme, señora, y no levantemos la voz. No hay como estar encerrada en una sombría y austera prisión para hacerla a una idear los medios de salir de su encierro; por consiguiente, he hallado y poseo una alhaja que llaman la llave de los campos: está en mi poder, y cuando gustéis podremos salir de noche, a pesar de todo el mundo, a dar una vuelta por la ciudad. ¿Iremos?

REINA ¡Nunca! ¡Por Dios, cállate!

CASIL. Es la cosa más fácil.

REINA ¡Basta! *(Apártase un poco de Casilda y vuelve a sumergirse en sus meditaciones.)* ¡Ojalá que en vez de hallarme en medio de todos estos grandes que me amedrentan, estuviese con mis buenos padres en Alemania, corriendo con mi hermana por el campo y hablando a veces al labriego que por casualidad pasaba cerca de nosotros! ¡Aquello era delicioso! Pero cierta noche vino un hombre vestido de negro (yo tenía cogida la mano de mi hermanita), y me dijo: «Señora, vais a ser reina de España». Mi padre no cabía en sí de gozo; pero mi madre lloraba... ¡Ah! ¡Ahora lloran ambos!... Voy a enviarles esa cajita, y se alegrarán... No quieren que tenga flores de mi país; nunca hiere mis oídos una palabra amorosa... Ahora soy reina, ¡pero antes fuí libre!... Dices bien; ese parque, al anochecer, es sumamente triste, pues sus altos muros nada nos dejan ver. ¡Oh! ¡Qué fastidio tan cruel! *(Oyese fuera un canto lejano...)* ¿Qué canto es ése?

CASIL. Son lavanderas que pasan por allá cantando estrofas de amor.

REINA *(Pensativa.)* ¡De amor! Esas mujeres son felices, y su canción a un mismo tiempo me consuela y me entristece.

DUQU.ª *(A las dueñas.)* Que echen a esas mujeres, que importunan a la reina con sus voces.

REINA *(Con viveza.)* ¡Cómo! ¡Si apenas se las oye! ¡Quiero que las dejen en paz, señora! *(A Casilda, señalándole la ventana del fondo.)* Por ahí es el bosque menos espeso; ven a ver si podemos descubrirlas. *(Dirígese a la ventana con Casilda.)*

DUQU.ª *(Levantándose y haciendo una profunda reverencia.)* La reina de España no debe asomarse a la ventana.

REINA *(Retrocediendo.)* ¿Es decir, que el dorado horizonte de la tarde que hermosea el paisaje, los cantos lejanos que puede escuchar cualquiera, para mí no deben existir? Héteme despedida del mun-

do y sin poder contemplar las obras de Dios ni las maravillas de la Naturaleza.

DUQU.ª *(Haciendo seña a los presentes para que se vayan.)* Márchense todos, pues hoy es el día de los Santos Apóstoles. *(Casilda da algunos pasos hacia la puerta, pero la Reina la detiene.)*

REINA ¿Tú también me dejas?

CASIL. *(Señalando a la duquesa.)* Señora, nos mandan salir.

DUQU.ª *(Inclinándose hasta el suelo.)* Es necesario que dejemos a vuestra majestad entregada a sus devociones. *(Todos hacen profundas reverencias y se alejan.)*

REINA ¡A mis devociones! Mejor diría a mis tristes pensamientos. Héteme sola, sin guía, perdida en el confuso laberinto de mis ideas. *(Queda un rato pensativa.)* ¡Cuando se me presentan las señales de sangre que una mano dejó en la pared!... Dios mío; ¿se habrá herido? Pero él tiene la culpa. ¿Por qué franquear una pared de tanta elevación?... ¿Para traerme las flores que aquí se me niegan, se arriesga a tal punto? ¡Por una cosa tan frívola! Sin duda se habrá herido con las puntas de hierro que coronan el cercado, pues de una de ellas colgaba un jirón de encaje. ¡Ah! Una sola gota de sangre derramada en favor mío es digna de todas mis lágrimas. *(Profunda meditación.)* Cada vez que me dirijo a aquel asiento a buscar las flores, prometo a Dios no volver más, y no obstante, no puedo dejar de dirigirme siempre a aquel mismo sitio. Pero, ¿qué le habrá acontecido al desconocido que hace tres días no ha vuelto?... ¿Su herida tal vez?... ¡Ah! Cualquiera que seas, desconocido joven, que viéndome sola y ausente de lo que más amo vienes a traerme algún consuelo arrostrando los mayores riesgos, que derramas tu sangre y expones tu vida sólo por traer a la reina unas flores, sin pedir ni esperar nada; ámate tu madre como yo te bendigo. *(Con viveza, llevándose la mano al corazón.)* ¡Su billete me abrasa! *(Vuelve a ponerse pensativa.)* ¿Y ese otro, ese implacable don

Salustio? El destino me protege por un lado y me persigue por otro; síguenme a un tiempo un ángel y un horrible espectro: ambos se me presentan en sueños y quizá me conduzcan a algún acontecimiento crítico y fatal. ¿Me librará el uno del otro? Lo ignoro: dos vientos opuestos impelen la nave de mi destino. ¡Ah! ¡Cuán débil es una reina!... Pero vamos a orar. *(Arrodillase delante de la virgen.)* Socorredme, Señora, pues no me atrevo a levantar los ojos hasta vos. *(Interrumpiéndose.)* ¡Dios mío! ¡El encaje, la flor, la carta, todo aumenta mi emoción! *(Saca del pecho un billete, un ramillete de flores azules y secas y un jirón de encaje, lo que pone encima de la mesa, y vuelve a arrodillarse.)* ¡Virgen santa, esperanza en el martirio, socorredme! *(Interrumpiéndose.)* ¡Esta carta! *(Se vuelve a mirarla.)* Ahí está, atravendo mi corazón. *(Arrodillándose de nuevo.)* Mas no, no quiero volverla a leer. ¡Oh, dulce reina, amparo de los desgraciados, yo os invoco; venid a mí! *(Levántase, se adelanta algunos pasos hacia la mesa y luego se detiene, como luchando consigo misma, hasta que al fin se precipita sobre el billete, como cediendo a un irresistible impulso.)* Voy a leerlo por la última vez y en seguida lo rasgaré... *(Sonriendo tristemente.)* ¡Ah! ¡Un mes hace que estoy diciéndome lo mismo! *(Desdobla con resolución la carta y lee.)* «Señora, a vuestros pies y a la sombra del misterio hay un hombre que sufre, un vil gusano, perdido de amor por un astro, quien os diera la vida y el alma y se muere en su humilde situación, mientras brilláis en vuestra sublime esfera.» *(Pone el billete sobre la mesa.)* ¡Cuando el alma está sedienta, es fuerza que apague su sed aunque sea con un veneno! *(Esconde el billete y el encaje en el pecho.)* No tengo a nadie en el mundo, y con todo a alguien debo amar en él. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera amado al rey si éste lo hubiera querido! Pero, muy al contrario, me abandona así, sola y privada de toda ternura. *(Abrese la gran*

puerta de dos hojas del fondo y sale un ujier de cámara con traje de gala.)

UJIER *(En voz muy alta y solemne.)* Una carta del rey.

REINA *(Volviendo en sí con sobresalto y con un grito de alegría.)* ¡Del rey! ¡Ah! ¡Estoy salvada!

(Entran la duquesa de Alburquerque, Casilda, don Guritán, camaristas, pajes y Ruy Blas, andando todos con gravedad; la duquesa al frente: síguenla las mujeres. Ruy Blas, magníficamente vestido, lleva el ferreruelo casi todo sobre el brazo izquierdo, ocultándolo, y permanece en el fondo de la escena. Dos pajes llevan la carta del rey encima de un almohadón de brocado de oro, y se arrodillan delante de la reina y a cierta distancia.)

R. BLAS *(Desde el fondo.)* ¿En dónde estoy? ¡Qué bella! ¡Ah! ¿Cómo he venido a este sitio?

REINA *(Aparte.)* ¡Es un socorro del cielo! *(Alto.)* Dadme pronto esta carta. *(Vuélvese hacia el retrato del rey.)* Gracias, señor. *(A la duquesa.)* ¿De dónde viene?

DUQU.ª De Aranjuez; allí está cazando su majestad.

REINA Se lo agradezco con toda mi alma; se ha penetrado de que en medio de mi triste fastidio tenía necesidad de algunas palabras amorosas de parte suya. Pero ¿qué hacéis que no me entregáis esa carta?

DUQU.ª *(Con una reverencia.)* Ya que debo decirlo, la costumbre requiere que sea yo la primera en abrirla y leerla.

REINA ¿Más objeciones? Bueno, leedla, pues. *(La duquesa toma la carta y la abre con lentitud.)*

CASIL. *(Aparte.)* A ver qué dirá este hermoso billete.

DUQU.ª *(Leyendo.)* «Señora: hace un viento muy recio; no obstante, he muerto seis lobos.—Firmado, Carlos.»

REINA *(Aparte.)* ¡Dios mío!

GURI. *(A la duquesa.)* ¿No dice nada más?

DUQU.ª *(A don Guritán.)* Nada más, señor conde.

CASIL. *(Aparte.)* ¡Seis lobos! En fin, para un corazón tierno, enamorado y aburrido, no hay mejor remedio que saber que ha muerto seis lobos.

DUQU.ª *(Presentando la carta a la Reina.)* Si quiere vuestra majestad...

REINA *(Desechando la carta.)* No, duquesa.

CASIL. *(A la duquesa.)* ¿Y no contiene nada más?

DUQU.ª Nada. ¿Qué más había de decir? Nuestro soberano está cazando y en el camino escribe lo que mata y el tiempo que hace; esto está muy puesto en orden. *(Mirando de nuevo la carta.)* ¿Escribe? Dije mal; debía decir: dicta.

REINA *(Quitando la carta de manos de la duquesa y examinando la letra.)* En efecto, la letra no es suya; nada más que la firma. *(Examina la letra con más atención y parece llenarse de asombro, diciendo aparte:)* ¿Será ilusión? Esta letra es la misma que la de la otra carta. *(Indica con la mano la carta que hace poco escondió en el pecho.)* ¿Qué vendrá a ser esto? *(A la duquesa.)* ¿En dónde está el portador de esta carta?

DUQU.ª *(Señalando a Ruy Blas.)* Ahí lo tenéis.

REINA *(Volviéndose un poco hacia Ruy Blas.)* ¿Ese joven?

DUQU.ª El mismo; un nuevo escudero que su majestad da a la reina; un señor que el marqués de Santacruz me recomienda de parte del rey.

REINA ¿Su nombre?

DUQU.ª El señor don César de Bazán, conde de Garofa, caballero el más cumplido, si se ha de creer a la fama.

REINA Muy bien; deseo hablarle. *(A Ruy Blas.)* Caballero...

R. BLAS *(Aparte, estremeciéndose.)* ¡La veo! ¡Me habla! ¡Ah! ¡Tiemblo!

DUQU.ª *(A Ruy Blas.)* Conde, acercaos.

GURI. *(Mirando de soslayo a Ruy Blas, aparte.)* ¡Joven y escudero! Esto no me trae cuenta. *(Ruy Blas se acerca a la Reina con pasos lentos, turbado y pálido.)*

REINA *(A Ruy Blas.)* ¿Venís de Aranjuez?

R. BLAS *(Inclinándose.)* Sí, señora.

REINA ¿Está bueno el rey? *(Ruy Blas se inclina y enseña la carta real.)* ¿Y ha dictado para mí estos renglones?

R. BLAS Montado a caballo... dictó la carta a uno de los que le estábamos inmediatos.

REINA *(Aparte.)* Sus miradas me penetran sin que pueda explicarme el motivo. *(Alto.)* Muy bien..., podéis iros... Aguardad... *(Ruy Blas, que ha dado algunos pasos para irse, retrocede hacia la Reina.)* ¿Había reunidos allí muchos caballeros? *(Aparte.)* ¿Por qué he de conmoverme a la vista de este joven? *(Ruy Blas se inclina con ademán afirmativo.)* ¿Quiénes eran?

R. BLAS Ignoro sus nombres, pues hace sólo tres días que salí de Madrid y estuve muy poco tiempo entre ellos.

REINA *(Aparte.)* ¡Tres días! *(Mira a Ruy Blas con turbación.)*

R. BLAS *(Aparte.)* ¡Y es la mujer de otro! ¡Oh, los celos me despedazan el corazón! ¿Y de quién, Dios mío, estoy celoso?... Mi pecho es un abismo insondable.

GURI. *(Acercándose a Ruy Blas.)* Sois escudero de la reina; por lo mismo, sabréis el cargo que desempeñáis y que esta noche debéis permanecer en el cuarto inmediato y estar dispuesto a abrir al rey en el caso de que viniere a visitar a su esposa.

R. BLAS *(Estremeciéndose.)* ¡Yo abrir al rey! ¡Yo! *(Alto.)* ¡Pero está ausente!

GURI. Sin embargo, puede llegar de improviso.

R. BLAS *(Aparte.)* ¡Ah! *(Siéntese desfallecer.)*

GURI. ¿Qué tendrá este hombre?

REINA *(Que lo ha oído todo, sin apartar un instante los ojos de Ruy Blas.)* ¡Cómo pierde el color! *(Ruy Blas, vacilante, se apoya en un sillón.)*

CASIL. *(A la reina.)* Este caballero se siente mal.

R. BLAS *(Que apenas puede tenerse en pie.)* Yo, no... Pero es muy particular que el aire..., el sol..., el largo camino... *(Aparte.)* ¡Yo abrir al rey! *(Cae sin fuerzas en el sillón, con lo que se le desabrocha el ferreruelo y deja ver una mano vendada, con las vendas ensangrentadas.)*

CASIL. ¡Ay, señora, tiene herida la mano!

REINA ¿Está herido?

CASIL. Parece que se desmaya. ¡Pronto!, hagámosle respirar alguna esencia.

REINA *(Buscando en el pecho.)* He de tener un frasquito de cierto licor... *(En este instante repara en la manga de encaje que lleva Ruy Blas en el brazo derecho. Aparte.)* ¡El encaje es igual!... *(Al sacar el frasquito del pecho, con la precipitación con que lo verifica, saca también el jirón de encaje que guardaba oculto, lo que nota Ruy Blas, que no ha apartado la vista de la Reina.)*

R. BLAS ¡Ah! *(Las miradas de Ruy Blas se encuentran en silencio con las de la Reina.)*

REINA *(Aparte.)* ¡El es!

R. BLAS *(Aparte.)* Junto a su corazón conserva ese encaje feliz... ¡Dios mío, ya puedo morir! *(En medio de la confusión de las mujeres que rodean a Ruy Blas, pasa inadvertido cuanto sucede entre éste y la Reina.)*

CASIL. *(Haciendo respirar la esencia del frasco a Ruy Blas.)* ¿Cómo recibisteis esta herida?... ¿Es reciente?... ¿No? ¿Se ha vuelto a abrir por el camino? ¿Por qué, pues, os encargasteis del mensaje de su majestad?

REINA *(A Casilda.)* ¿No acabarán vuestras preguntas?

DUQU.ª *(A Casilda.)* ¿Qué le importa a la reina todo eso, amiga?

REINA Puesto que pudo escribir la carta, bien podía traerla; ¿no es así?

CASIL. Pero él no ha dicho todavía que la haya escrito.

REINA *(A Casilda.)* ¡Calla!

CASIL. *(A Ruy Blas.)* ¿Estáis mejor?

R. BLAS Acabo de recobrar la vida.

REINA *(A las mujeres.)* El tiempo pasa... Además, el conde se encuentra restablecido, y se le señalará luego habitación; así que podemos irnos. *(A los pajes, que se hallan en el fondo de la escena.)* Ya sabéis que el rey no vendrá esta noche y que pasa toda la estación en la caza. *(Vase con su séquito a las estancias interiores.)*

CASIL. *(Viendo salir a la Reina.)* La reina está preocupada por alguna idea particular. *(Vase por la*

misma puerta por donde se fué la Reina, llevándose la caja de reliquias.)

R. BLAS *(Queda solo y se muestra muy gozoso al oír las últimas palabras de la Reina. Coge el pedazo de encaje que dejó caer ésta, y que ha quedado en el suelo, lo mira tiernamente, lo besa y exclama:)* ¡ Dios mío ! ¡ Haced que el contento no me vuelva loco ! *(Mira el encaje.)* ¡ Ha estado junto a su corazón ! *(Escóndelo en el pecho. Sale de nuevo don Guritán por la misma puerta por la que se fué al seguir a la Reina. Dirígese despacio a Ruy Blas, y al estar cerca desenvaina su espada hasta la mitad y con la vista la compara con la de Ruy Blas, y al ver que no son iguales, enváinala otra vez, mirándolo todo Ruy Blas con la mayor admiración.)*

GURI. *(Volviendo a envainar del todo la espada.)* Ya traeré dos espadas de igual longitud.

R. BLAS Caballero, ¿me diréis qué significa?...

GURI. *(Con gravedad.)* En el año de 1650 estaba yo perdidamente enamorado ; vivía a la sazón en Alicante. Cierto joven apuesto y buen mozo andaba rondando a mi querida, ya en la calle, ya en el templo ; era muy altivo. Con todo, murió a la furia de mi espada. *(Ruy Blas quiere interrumpirle, pero don Guritán, con un gesto, le obliga a callar, y prosigue:)* Más tarde, en el año 66, un caballero llamado Gil, conde de Iscola y hombre de gran magnificencia, tuvo la osadía de enviar un billete amoroso a otra querida mía, llamada Angélica ; y habiéndome ella mostrado el billete, hice dar muerte al esclavo, y el amo murió a mis manos.

R. BLAS ¡ Pero, señor !...

GURI. *(Prosiguiendo.)* Posteriormente, el año 80, creí que mi amada me engañaba en favor de un tal Tirso Gamonal, buen mozo, de aquellos que llevan envanecidos un brillante penacho y cuyos modales presentan el sello de la soberbia... Sabed, pues, que maté también al tal don Tirso Gamonal.

R. BLAS Pero, en fin, decid a qué viene o qué significa esto.

GURI. Esto, señor conde, significa que mañana el sol sale a las cuatro, que detrás de la capilla hay un lugar desierto y separado de todo tránsito, muy a propósito para los valientes, y, finalmente, que según creo os llamáis don César, y a mí me llaman don Gaspar de Guritán Tarsis y Guevara, conde de Oñate.

R. BLAS *(Con frialdad.)* Muy bien; no faltaré. *(Hace pocos instantes que Casilda ha aparecido en la puerta del fondo sin hacer ruido y, llevada de la curiosidad, ha oído las últimas palabras.)*

CASIL. *(Aparte.)* ¡Un duelo! Voy a decírselo a la reina. *(Vase.)*

GURI. *(Siempre imperturbable.)* Para vuestro conocimiento os debo decir que me gustan muy poco estos muñecos afeminados que gastan todo el tiempo en rizarse el bigote y componerse, se cuelan por las casas y enamoran a las damas con sus tiernas miradas, y, en fin, que a un simple rasguño sienten un desmayo.

R. BLAS No entiendo una palabra de lo que estáis diciendo.

GURI. Bien podéis entenderme: los dos estamos enamorados de un mismo objeto; por consiguiente, uno de los dos está de más en palacio; finalmente, vos sois escudero y yo mayordomo: iguales son nuestros derechos; pero nuestra posición no es la misma: yo tengo el derecho de antigüedad y vos el de la juventud; así, pues, lisa y llanamente, os digo que me estorbáis, y no quiero sostener con vos una lucha cuyas armas sean tiernas majaderías, para las que no soy a propósito. En una palabra, sois demasiado gallardo, tierno, bello y gracioso, y es necesario que os mate.

R. BLAS Adelante, pues: probadlo.

GURI. Conde de Garofa, mañana, al salir el sol, en el sitio que os he señalado, sin criados ni testigos, nos mataremos lindamente, si no lo lleváis a mal, con espada y daga, según corresponde a nobles

caballeros de familias como las nuestras. *(Alarga la mano a Ruy Blas y éste la acepta.)* Que nada transpire de cuanto hemos hablado. *(Ruy Blas hace una seña de adhesión.)*

R. BLAS Hasta mañana. *(Vase.)*

GURI. No he visto temblar su mano; esto, hallándose seguro de morir, prueba que es un joven valiente. *(Oyese ruido de una llave en la puerta del cuarto de la Reina y don Guritán se vuelve hacia él.)* ¡Abren esta puerta! *(Sale la Reina y corre hacia don Guritán, teniendo en las manos la cajita de las reliquias.)*

REINA *(Con cierta sonrisa.)* Precisamente iba en busca vuestra, don Guritán.

GURI. *(Extasiado.)* ¿Y qué es lo que tanta felicidad me proporciona?

REINA *(Poniendo la caja encima de la mesa.)* Nada, señor, o a lo menos, muy poca cosa. *(Ríe.)* En este instante me estaba diciendo Casilda, entre otras cosas—ya sabéis que mis mujeres siempre están de chanza—; decía, pues, que haríais por mí cuanto yo quisiese.

GURI. Y ha dicho la verdad.

REINA *(Sonriendo.)* Pues, amigo, yo sostenía lo contrario.

GURI. Os equivocabais, señora.

REINA Decía también que por mí dierais el alma y la vida.

GURI. Y decía muy bien.

REINA Pues yo afirmaba que no era posible.

GURI. Y os juro que dijo la pura verdad; y que estoy dispuesto a todo por vuestra majestad.

REINA ¿A todo?

GURI. A todo.

REINA Pues veamos; jurad que por complacerme haréis al instante lo que os diga.

GURI. Por los Santos Reyes Magos, mis patronos, juro obedeceros en todo; mandad.

REINA *(Tomando la cajita de las reliquias.)* Pues siendo así, saldréis inmediatamente de Madrid y llevaréis esta sagrada cajita a mi padre, el señor elector de Neuburgo.

GURI. *(Aparte.)* ¡Me ha cogido! *(Alto.)* ¿A Neuburgo?
REINA A Neuburgo.
GURI. ¡A seiscientas leguas!
REINA Quinientas cincuenta. *(Señala la cubierta de seda que lleva la caja.)* Cuidad de que no se echen a perder por el camino estas franjas azules.
GURI. ¿Y cuándo ha de ser la partida?
REINA Ahora mismo.
GURI. ¡Si fuese posible aguardar a mañana!...
REINA Es imposible.
GURI. Pero...
REINA Partid.
GURI. ¿Cómo?...
REINA Me disteis vuestra palabra.
GURI. Sin embargo, un asunto...
REINA No puedo consentir la menor dilación.
GURI. Pero una cosa tan frívola...
REINA Pronto, don Guritán.
GURI. ¡Un día solo!
REINA Inmediatamente.
GURI. Es que...
REINA Hacedme ese favor.
GURI. Es que...
REINA ¡Nada!
GURI. Pero...
REINA Partid y ganaréis mi afecto; de lo contrario...
GURI. Señora, obedeceré. *(Aparte.)* Dios hizo al hombre y el demonio a la mujer.
REINA *(Señalando la ventana.)* Abajo hay un coche que os está aguardando.
GURI. *(Aparte.)* Todo lo ha previsto. *(Escribe de prisa un billete; toca la campanilla, sale un paje, a quien lo entrega, diciendo:)* Lleva al instante este billete a don César de Bazán. *(Aparte.)* Es preciso aplazar el duelo hasta mi regreso; pero pronto volveré. *(Alto.)* Voy a obedecer a vuestra majestad.
REINA Perfectamente. *(Don Guritán toma la cajita, besa la mano a la Reina, saluda profundamente y vase.)*
REINA *(Dejándose caer en un sillón.)* ¡Ya no le matará!

TELÓN

PARTE TERCERA

La sala llamada «del Gobierno» del Palacio Real de Madrid, en el fondo de la cual hay una pequeña gradería y sobre ésta una gran puerta. A la izquierda, unos tapices, y a la derecha, una ventana. Hacia este lado se halla una mesa cubierta con un tapiz de terciopelo verde y rodeada de taburetes para diez o doce personas, y enfrente de otros tantos pupitres. Al lado de la mesa hay un sillón cubierto con paño de oro y un dosel del mismo tejido, con las armas de España debajo de una corona real. Al lado del sillón, una silla.

(La Junta de despacho universal, o Consejo privado del rey, se encuentra en el acto de empezar la sesión. Aquél se compone de don Manuel Arias, presidente de Castilla; don Pedro Vélez de Guevara, conde de Camporreal, consejero de capa y espada de la Contaduría mayor; don Fernando Ubilla, escribano mayor de rentas; Montazgo consejero de Indias; Covadonga, secretario supremo de las Islas, y otros varios consejeros. Estos llevan traje negro; los demás lo llevan de corte. Camporreal lleva la cruz de Calatrava, y Priego el Toisón de Oro. Don Manuel Arias, presidente de Castilla y el conde de Camporreal hablan en voz baja, algo adelantados; los demás consejeros forman varios grupos en distintos puntos del salón.)

ARIAS Tan rápido encumbramiento oculta algún misterio.

CAMPO. Ha obtenido el Toisón de Oro; luego, en un instante, le vemos secretario universal, ministro, y finalmente duque de Olmedo.

ARIAS ¡Y esto en seis meses!

CAMPO. ¡Alguien le da la mano tras cortina!

ARIAS *(Con misterio.)* ¿No sabéis quién? La reina.

CAMPO. Ya se ve; el rey, enfermo de cuerpo y espíritu,

vive de continuo junto al sepulcro de su primera esposa, en El Escorial; y entretanto, todo lo dispone aquí la reina.

ARIAS Esta reina en nosotros, y don César reina en ella, querido Camporreal.

CAMPO. Pero don César vive de un modo muy poco natural: en primer lugar, nunca ve a la reina; antes parecen huirse. Quizá no me creáis, pero hace seis meses que les estoy acechando, y puedo afirmarlo con toda seguridad. Luego tiene el extraño capricho de habitar en una casa sin puerta visible, con las ventanas eternamente cerradas, y, por añadidura, con dos criados negros, que, a no ser mudos, sin duda dirían maravillas.

ARIAS ¿Mudos?

CAMPO. Mudos. Sus otros criados viven en la habitación que tiene en palacio.

ARIAS Es muy particular.

UBILLA *(Que hace algunos instantes se ha acercado a Arias y Camporreal, y ha oído parte de su coloquio.)* Al cabo pertenece a una nobilísima familia.

CAMPO. Lo más extraño es que pretende echarlas de hombre íntegro y lleno de probidad. Santacruz le ha protegido, porque este don César, nuestro amo, es primo del marqués don Salustio, que el año pasado cayó en desgracia. El tal don César fué en otro tiempo el mayor loco y calaverón que pisó la tierra; de suerte que, por personas que le conocieron, sábese que prodigó y arruinó su patrimonio en mujeres, coches, juegos, banquetes y toda clase de locuras, capaces de agotar el oro del Potosí, hasta que, hostigado por sus acreedores, cierto día desapareció, sin que nadie supiese de él.

ARIAS Véase, pues, cómo los años han convertido al loco alegre en un cuerdo adusto sobremanera.

CAMPO. La mujer pública, cuando vieja, se hace devota.

UBILLA Créolo hombre de probidad.

CAMPO. *(Riendo)* ¡Oh, cándido Ubilla! ¿Quién se deja deslumbrar por semejantes probidades?... *(Con*

tono significativo y cargando el acento en las cantidades.) ¡La casa de la reina cuesta al año seiscientos sesenta y cuatro mil sesenta y dos ducados! Es un Páctolo oscuro en que se pueden echar las redes a golpe seguro; y además, a río revuelto...

PRIE. *(Interviniendo.)* No lo toméis a mal; pero me parece grande imprudencia que tengáis aquí semejante conversación. Mi difunto abuelo, criado cerca del conde-duque, solía decir: «Hablad mal del rey, pero respetad al favorito.» Señores, vamos a tratar de los asuntos del Estado. *(Siéntanse todos alrededor de la mesa; unos toman la pluma, otros hojean papeles; por lo demás, hay una gran ociosidad. Pausa.)*

MONT. *(Aparte a Ubilla.)* Os he pedido con todas veras la cantidad necesaria para pagar el destino de alcalde para mi sobrino.

UBILLA *(Aparte a Montazgo.)* Y vos me ofrecisteis el bailío del Ebro para mi primo Melchor de Elva.

MONT. *(Aparte, a Ubilla.)* Acabamos de dotar a vuestra hija y aún no se celebra la boda. Además, uno se ve acometido por todos lados de continuo.

UBILLA *(Aparte a Montazgo.)* Tendréis la alcaldía.

MONT. *(Aparte a Ubilla.)* Y a vos no os faltará el bailío. *(Estrechándose las manos.)*

COVA. *(Levantándose.)* Señores consejeros de Castilla, para que ninguno de nosotros se salga de su esfera, es necesario arreglar nuestros derechos, y hacer nuestras partes: las rentas de España están repartidas entre una infinidad de manos, y esto es una calamidad pública a la que urge poner coto. Unos no tienen lo suficiente, en tanto que a otros les sobra. Vos, Ubilla, tenéis el arriendo del tabaco, y vos, marqués de Priego, estáis en posesión del añil y del almizcle: Camporreal percibe el impuesto de los ocho mil hombres, el almojarifazgo, la sal y otros mil productos. *(A Montazgo.)* Vos, que me miráis con inquietud, tenéis vos sólo, gracias a vuestros manejos, el impuesto sobre el arsénico, el derecho sobre el hielo, el alambre, las cartas, las multas

de los habitantes de la villa, el diezmo del mar, el plomo, el palo de rosa... Y yo, señores, nada tengo, absolutamente nada. Dadme algo a mí también.

CAMPO. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Vaya al diablo del viejo! El se lleva los mejores provechos; y excepto la India, tiene las islas de ambos mares; de modo que tiene una de sus garras en Mallorca y la otra en el pico de Tenerife.

COVA. *(Con calor.)* ¡No tengo nada!

PRIE. *(Riendo.)* ¡Tiene los negros! *(Todos se levantan y hablan entre sí con calor y como disputándose.)*

COVA. *(Al marqués de Priego.)* Dadme el arsénico, y os cederé los negros. *(Hace algunos instantes que Ruy Blas ha entrado por la puerta del fondo y ha presenciado la escena sin ser visto por los interlocutores. Lleva un traje de terciopelo negro, con ferreruelo de terciopelo de color de escarlata, una pluma blanca en el sombrero y al cuello el Toisón de Oro. Primero los escucha en silencio; luego adelántase despacio y se presenta de repente a los consejeros en lo más acalorado de su disputa.)*

R. BLAS *(Apareciendo.)* ¡Bravo, señores! Tenéis verdaderamente una sed inextinguible. *(Todos se vuelven a mirar a Ruy Blas silenciosos, sorprendidos e inquietos; Ruy Blas se cubre, cruza los brazos y prosigue, mirándolos de frente:)* ¡Oh, íntegros ministros! ¡Virtuosos consejeros! Así servís al rey y al Estado, cual los criados que se ocupan en saquear la casa de su amo moribundo. ¿Y no os ruborizáis de haber escogido precisamente la ocasión en que España está llorando su agonía? ¿Es decir, que en medio de la ruina de la patria no tenéis otras miras que llenar vuestros bolsillos? Señores, el pueblo, en veinte años—¡y cuidado que he sacado bien la cuenta!—que lleva la enorme carga que le abruma, para que tengáis vosotros con qué entregaros a los placeres, festines y disipación; este pueblo miserable, al que se quiere estrujar todavía más, ha pagado cuatrocientos treinta millones. ¿No es esto ya de-

masiado? ¿Todavía queréis más? ¡Ah! ¡Me avergüenzo por vosotros mismos! El interior del reino está plagado de bandidos que asuelan el país y abrasan las cosechas; tras cada matorral aparece un salteador, y como si no bastase la guerra entre reyes, entre conventos y provincias cada cual quiere arrebatar los bienes del vecino. Los templos se arruinan y cubren de malezas; nuestros nobles todos cuentan famosos abuelos, pero nada son por su parte; todo se hace por intriga, nada lealmente. A España acude la escoria de las demás naciones; cada grande mantiene a mil holgazanes que hablan otras tantas lenguas: genoveses, sardos, flamencos; que no parece sino que Madrid se ha convertido en otra torre de Babel. Los alguaciles tratan al pobre con dureza y se ablandan al rico; apenas anochece, nadie puede salir a la calle sin exponerse a ser asesinado o robado. La justicia se vende, el ejército no se paga, y nosotros, que hemos vencido en dos mundos, apenas contamos con un ejército de seis mil hombres, y éstos andan descalzos. Los aldeanos insultan al paso la carroza del monarca, y éste, cubierto de luto y lleno de espanto, encerrado y solo en El Escorial, con los difuntos héroes, inclina la frente bajo el peso de una monarquía que se derrumba. ¡Veis, pues, que el Estado se arruina, y os estáis disputando sus miserables restos! ¡Oh, heroica sombra del gran Carlos V! ¿Qué haces que no vienes en auxilio de tu pueblo en este siglo de oprobio y vilipendio, cuando tanto necesita de tu invencible brazo? Pero no; descansa en paz y no quieras presenciar cómo los malos ocupan el lugar de hombres honrados; cómo este imperio, formado de tantos dominios, amenaza una pronta caída, y el astro brillante de la nación española va apagándose y amortiguándose enteramente. *(Los consejeros permanecen silenciosos y consternados; sólo el marqués de Priego y el conde de Camporreal miran de frente y con enfado a Ruy Blas. En seguida Camporreal, después de haber dicho*

algunas palabras a Priego, va hacia la mesa, escribe algo en un papel, lo firma y hace firmar también al marqués.)

CAMPO. *(Señalando al marqués de Priego y entregando el papel a Ruy Blas.)* Señor duque, en nombre de los dos, aquí tenéis la dimisión de nuestros destinos.

R. BLAS *(Con frialdad.)* Gracias; vos os retiraréis con vuestra familia. *(A Priego.)* Vos, a Andalucía. *(A Camporreal.)* Y vos, conde, a Castilla; cada cual a sus dominios. Mañana saldréis de la corte. *(Los dos señores se inclinan y salen con altivez, con la cabeza cubierta; Ruy Blas se vuelve hacia los demás consejeros.)* El que no quiera seguir la senda que yo le señale, puede acompañar a estos señores. *(Silencio en los presentes. Ruy Blas se sienta junto a la mesa, en una silla con respaldo colocada a la derecha del sillón real, y se ocupa en abrir su correspondencia. Mientras repasa las cartas una por una, Covadonga, Arias y Ubilla hablan algunas palabras en voz baja.)*

UBILLA *(Aparte a Covadonga, señalando a Ruy Blas.)* Amigo, tenemos un amo, y al fin no dudo que será un grande hombre.

ARIAS Ya; si le dejan tiempo para llegar a serlo.

COVA. Parece que todo lo quiere ver por sus ojos.

UBILLA ¡Llegará a ser un Richelieu!

ARIAS ¡Si no es un Olivares!

R. BLAS *(Después de haber pasado rápidamente la vista por una carta que acaba de abrir.)* ¡Una conspiración! ¿No decía yo, señores, que...? *(Lee.)* «... duque de Olmedo, vigilancia, pues se prepara un lazo para llevarse a Madrid a un personaje de los más importantes del reino». *(Examina la letra.)* No dice a quién, pero yo vigilaré... La carta es anónima. *(Entra un alguacil de corte y se adelanta a Ruy Blas, haciéndole una profunda cortesía.)* Vamos; ¿qué hay?

ALGUA. Excelentísimo señor, vengo a anunciar al embajador de Francia.

R. BLAS ¡Ah! ¡De Harcourt! En esta ocasión me es imposible.

ALGUA. *(Inclinándose.)* Señor, el nuncio imperial está esperando a vuestra excelencia en la cámara de honor.

R. BLAS Ahora no puedo. *(El alguacil hace una cortesía y se va. Después de un corto rato sale un paje con librea encarnada y galoneada de plata y se acerca a Ruy Blas.)*

R. BLAS *(Viendo al paje.)* El conde don Guritán, que vuelve de Neuburgo...

R. BLAS *(Con un gesto de sorpresa.)* ¡Ah!... Enséñale mi casa del arrabal, donde puede ir mañana a encontrarme, si gusta. *(Vase el paje, y Ruy Blas se dirige a los consejeros.)* Pronto tendremos que trabajar juntos, señores; dentro de dos horas volveréis. *(Vanse todos, saludando profundamente a Ruy Blas. Este queda solo y da algunos pasos sumergido en una meditación profunda. De repente, en un rincón de la sala se levanta un tapiz y sale la reina, vestida de blanco y con la corona en la cabeza; manifiesta gran alegría y dirige a Ruy Blas una mirada de admiración y de respeto. Con una mano sostiene levantado el tapiz, tras del cual se divisa un gabinete oscuro y en él una puertecita. Ruy Blas se vuelve, ve a la reina y queda como petrificado ante esta aparición.)*

REINA *(Desde el fondo del teatro.)* ¡Oh, gracias!

R. BLAS ¡Cielos!

REINA Habéis hecho muy bien, duque, hablándoles en tales términos; tanto, que no puedo resistir al deseo de estrechar vuestra leal mano, ya que así procuráis el bien del Estado. *(Dirígese a Ruy Blas y le toma la mano, antes que él pueda evitarlo.)*

R. BLAS *(Aparte.)* ¡Huir de su presencia por espacio de seis meses y verla luego de repente! *(Alto.)* ¿Estábais ahí, señora?

REINA Sí, duque de Olmedo; ahí estaba, escuchando con toda mi alma, y he oído cuanto dijísteis.

R. BLAS *(Señalando al escondite.)* No sospeché que... Señora, este gabinete...

REINA Nadie conoce su existencia; es un oscuro pasa-

dizo que mandó fabricar en la pared don Felipe III, y desde él puede el monarca oír sin ser visto cuanto pasa en la estancia. Muchas veces desde aquí he visto a mi esposo Carlos II, sombrío y triste, presidiendo el consejo en que se le robaban sus bienes y vendían al Estado.

R. BLAS ¿Y qué decía?

REINA Nada.

R. BLAS ¿Nada? ¿Y qué hacía?

REINA Se divertía pensando en la caza... ¡Pero vos, duque!... Todavía resuenan en mis oídos vuestras palabras amenazadoras; les habéis tratado con suma dignidad, teniendo para ello muchísima razón. Entonces levantaba yo algo el tapiz y veía vuestros ojos brillantes, aunque sin furor, lanzarles rayos en medio de incontestables verdades. ¿Pero en dónde aprendísteis todo eso? ¿Cómo penetráis los efectos y las causas? ¿Conque nada ignoráis? ¿Cómo es que hablásteis cual debieran hablar los soberanos, asemejándoos a Dios en lo grande y terrible de vuestra indignación?

R. BLAS Porque os amo, y a pesar de que todos me aborrecen, conozco que el edificio que tratan de derribar se desplomaría sobre vos. Porque a mi profundo efecto nada le arredra, y para salvaros saldría al mundo entero. Soy un desdichado que os ama con toda el alma; pienso en vos como piensa el ciego en la luz del sol; pero os amo de lejos y en la oscuridad, sin que osase tocaros siquiera un solo dedo, pues os adoro como a un ángel del cielo. En verdad que he sufrido mucho... ¡Si supiéseis, señora!... Seis meses que, ocultando mi amor, voy huyendo de vos y sólo en vos tengo fija la imaginación. ¡Os amo y, ¡Dios mío!, me atrevo a declararlo a vuestra majestad!... Pero decidme, ¿qué debo hacer? Mandadme morir y moriré; pero perdonad mi atrevimiento.

REINA Proseguid; me dais gran consuelo; vuestras palabras producen una conmoción en mi alma. Necesito veros, hablaros y oír este lenguaje enteramente nuevo para mí. ¡Ah, también he sufrido

yo mucho! ¡Si lo supiéseis! En estos seis meses que tratais de evitar mi presencia, mil veces... Pero no me es lícito expresarme más claramente. ¡Soy muy desgraciada!

R. BLAS (*Que la ha oido con embeleso.*) ¡Ah! ¡Señora, proseguid! Me enternecéis sobremanera.

REINA Pues bien, oíd. (*Levanta la vista al cielo.*) Sí, voy a manifestaros mis sentimientos. ¿Es acaso un crimen? ¡Peor que peor! Cuando una mujer se halla con el corazón despedazado es fuerza manifestar sus más ocultos pensamientos. Mientras huíais de la reina, ésta iba en busca vuestra; todos los días vine aquí a este retrete a escuchar vuestra voz y recoger vuestras menores palabras, contemplándoos extasiada de ternura. Vos me parecísteis rey y señor; he sido quien en estos seis meses os he encumbrado sucesivamente hasta el elevado destino que ocupáis, y en el que Dios debió haceros nacer. Veo que ponéis todo vuestro cuidado en cuanto me pertenece, ya sea una flor, como en otro tiempo, ora un reino, como al presente; entonces me parecísteis bueno; ahora, grande. ¡Dios mío! Mi corazón no pudo resistir a tanto mérito; y si en ello obro mal, culpa es de quien me encerró en este sepulcro como un pajarillo en una jaula, sin esperanza, y sin un rayo de alegría... Otro día que tengamos más espacio os diré cuánto he padecido. ¡Siempre sola, abandonada y humillada a cada instante! Ayer mismo deseé cambiar de estancia e ir a otra menos triste, y no se me permitió. Tales son las cadenas que me sujetan, tanta la esclavitud en que vivo! Duque de Olmedo, el cielo os envía para salvar al Estado que se arruina, sacar de un abismo al pueblo infeliz que derrama el sudor del rostro y amarme en medio de mis sufrimientos. Aunque os hablo sin coherencia, bien podéis conocer toda la razón que me asiste para expresarme en tales términos...

R. BLAS (*Cayendo de rodillas.*) Señora...

REINA Don César, os entrego toda mi alma, y si para los demás soy una reina, para vos seré una simple

mujer, y os perteneceré por amor y por agradecimiento. Tengo absoluta fe en vuestro honor para no estar convencida de que sabréis respetar el mío. ¡Oh, don César!, cuando deseéis verme no tenéis más que darme aviso y me tendréis delante de vos a cualquier hora. Adiós. *(Levanta el tapiz y vase por donde vino.)*

R. BLAS *(Que ha quedado como sumergido en extática contemplación.)* Parece que el cielo se ha abierto ante mis ojos, y que me veo inundado de luz, como los bienaventurados en el Paraíso. Embriágame el éxtasis, el misterio y el orgullo del amor en el poderío y la majestad. ¡La reina me ama! ¡Dios mío! ¿Es esto un sueño? Ya que tengo su amor, soy más que el mismo soberano. No puedo salir de mi asombro y mi estado me envanece; feliz, amado, vencedor, duque de Olmedo, España a mis pies, poseedor del corazón de este ángel que adoro de rodillas y que ha hecho de mí más que un hombre, ¿qué puedo desear? ¡Llego a dudar si es esto un sueño, una ilusión! Pero no; estoy seguro de que me ha hablado ella misma; me parece verla todavía y oír el eco encantador de sus palabras. ¡Ha dicho que ponía en mí su confianza! ¡Oh, ángel mío!, si es cierto que Dios, por un prodigio, quiso al darnos el amor unir en el hombre lo que le hace grande a lo que le hace tierno, yo, que con tu amor nada temo ya y que, gracias al mismo y a tu suprema elección, todo lo puede; yo, que por este amor puedo causar envidia a los mismos reyes, júrote en alta voz y delante de Dios que como reina puedes confiar en mi brazo y, como mujer, en mi corazón. Mi puro y leal afecto oculta la más leal adhesión; y así nada temas, señora; ¡por ti derramaré, si es necesario, toda mi sangre! *(Hace algunos momentos que, por la puerta del fondo, ha entrado en la estancia un hombre embozado en una gran capa, con sombrero galoneado de plata y hundido hasta las cejas; ha ido adelantándose despacio hasta Ruy Blas sin ser visto, y cuando éste, arrebatado por su amor,*

levanta los ojos al cielo, le pone rudamente la mano en el hombro. Ruy Blas se vuelve cual si despertase de repente; el embozado deja caer la capa y Ruy Blas ve en él a don Salustio, vestido con una librea encarnada y galoneada de plata, igual a la del paje de Ruy Blas.)

SALUS. *(Poniendo la mano en el hombro a Ruy Blas.)* Buenos días.

R. BLAS *(Aturdido.)* ¡Gran Dios! ¡El marqués! ¡Estoy perdido!

SALUS. *(Sonriendo.)* Apuesto a que estábais muy lejos de pensar en mí.

R. BLAS Su señoría me sorprende, en efecto. *(Aparte.)* ¡Ah!, vuelve a renacer mi desgracia. ¡Mientras tenía la vista fija en un ángel, no ví al demonio, que venía a mí por otro lado! *(Corre hacia el tapiz que oculta el gabinete secreto, cierra con llave la puerta de éste y en seguida vuelve temblando hacia don Salustio.)*

SALUS. ¿Cómo va por aquí?

R. BLAS *(Inmóvil, con la vista fija en don Salustio, como si le costase mucho trabajo coordinar sus ideas.)* Pero ¿y esta librea?...

SALUS. *(Siempre sonriendo.)* Era preciso que me franquease la entrada en palacio, y con este traje se penetra en todas partes; escogí vuestra librea, que me gusta mucho. *(Cúbrese, mientras Ruy Blas queda con la cabeza descubierta.)*

R. BLAS Pero temo por vos...

SALUS. ¿Temer? Esta palabra me hace reír.

R. BLAS Estáis desterrado, y...

SALUS. ¿De veras? Es muy posible.

R. BLAS Si os conociesen en palacio a la luz del día...

SALUS. ¡Cómo! ¿Los cortesanos felices irían ahora a perder el tiempo, este tiempo que vuela con tal velocidad, en acordarse de la cara de un hombre en desgracia? A más de esto, ¿quién le mira el rostro a un lacayo? *(Siéntase en un sillón y Ruy Blas queda en pie.)* A propósito, ¿qué se dice en Madrid? ¿Es cierto que, ardiendo en un celo hiperbólico por la caja pública, desterráis al amigo Priego, a uno de los grandes de España? ¿Habéis ol-

vidado que es vuestro pariente? Su madre es de la familia de Sandoval, lo mismo que la vuestra; mirad vuestros blasones y hallaréis en ellos las armas de Sandoval; y esto, amigo, no se hace entre parientes; un lobo no muerde a otro; abrid los ojos para vos y cerradlos con respecto a los demás, y procure cada cual para sí.

R. BLAS *(Calmándose un poco.)* No obstante, señor, permitidme que os diga que el señor de Priego, como grande de primera clase, hace muy mal en agravar las cargas del Estado. Ahora pronto deberá ponerse un ejército en campaña, y aunque no hay dinero, se necesita. Pronto va a morir el heredero bávaro; ayer me hablaba de ello el conde de Harrach, a quien conoceréis, en nombre de su amo el emperador. Si el señor archiduque quiere sostener sus derechos, habrá guerra...

SALUS. Parece que corre aquí un aire algo sutil; tomaos la molestia de cerrar la centana. *(Ruy Blas pierde el color y se muestra lleno de vergüenza y de despecho; pero hace un esfuerzo sobre sí mismo y va lentamente a cerrar la ventana. Luego vuelve a don Salustio, que, sin moverse del sillón, le ha seguido con la vista con aire indiferente.)*

R. BLAS *(Prosiguiendo y tratando de convencer a don Salustio.)* Reflexionad hasta qué punto es costosa la guerra. Por otra parte, ¿qué se hace sin dinero? Vuecencia conocerá que la salvación de España descansa en nuestra probidad. En cuanto a mí, he mandado decir al emperador, como si tuviese ya pronto un ejército, que me opondría con todas mis fuerzas a sus proyectos.

SALUS. *(Interrumpiendo a Ruy Blas y mostrándole el pañuelo que dejó caer al entrar.)* Disimulad..., hacedme el favor de darme ese pañuelo que se me ha caído... *(Ruy Blas, cual si se hallase en el tormento, vacila; pero luego se baja a recoger el pañuelo y lo presenta a don Salustio.)*

SALUS. *(Metiéndose el pañuelo en el bolsillo.)* ¿Decíais?...

R. BLAS *(Con esfuerzo.)* Que la salvación de España y el interés público exigen la mayor integridad en los encargados de administrar su hacienda. El pueblo

bendice a los que le alivian; salvémosle, pues; seamos grandes; quitemos el velo a la intriga y castiguemos a los perversos.

SALUS. *(Con indolencia.)* En efecto, son muy mala compañía; pero es algo pedantesco e importuno levantar tanto el grito por una friolera. Por un miserable millón devorado de más o de menos, ¿hay acaso motivo suficiente para tantas lamentaciones? Amigo mío, los grandes de España no son unos capigorristas; antes bien deben vivir con el más deslumbrador esplendor, y es muy desagradable ciertamente el aire de un reformador de abusos con la cara encendida de cólera e hinchada de orgullo. Mas está muy bien; pero mudad, por Dios, de caprichos. ¿Los intereses públicos? Pensad antes en los vuestros. La salvación del Estado es una palabra vacía, que otros pronunciarán tan alto como vos. ¿La popularidad? Consiste en el dinero. ¿Virtud? ¿Fe? ¿Probidad? ¡Palabras de vano sonido gastadas ya desde los tiempos de Carlos V! Vos no sois ningún tonto ni creo que os dejéis poseer por mucho tiempo de tales manías. Todavía erais un niño cuando ya nosotros renunciamos a esos ampulosos discursos.

R. BLAS. No obstante, señor...

SALUS. *(Con una sonrisa glacial.)* ¡Estáis admirable!... Pero hablemos de asuntos serios. *(Con tono seco e imperioso.)* Mañana me aguardarás hasta mediodía en la casa que te he dado. El asunto que llevo entre manos está tocando a su término. No conserves contigo para servirnos más criados que los mudos; y al mismo tiempo ten un coche dispuesto para partir, pero oculto entre los árboles del jardín. Hazlo todo como te digo, y si necesitas dinero te lo enviaré.

R. BLAS Señor, obedeceré, y consiento en cuanto me mandéis; pero ante todo juradme que la reina no entra para nada en este asunto.

SALUS. *(Que estaba jugueteando con un cuchillo de marfil que había sobre la mesa, un poco hacia Ruy Blas.)* Nada te importa, ni debes mezclarte en estos negocios.

R. BLAS *(Vacilante y mirando a don Salustio con cierto espanto.)* ¡Oh, me causáis miedo y me tiemblan las rodillas! Con mano terrible me arrastráis a un abismo desconocido. Conozco que alimentáis espantosos proyectos, vislumbro algo terrible. ¡Tened compasión de mí! Y ya que es fuerza que lo digo, sabed, y juzgad vos mismo, que adoro a esta mujer.

SALUS. *(Con frialdad.)* Ya lo sabía.

R. BLAS ¿Lo sabíais?

SALUS. Ciertamente; pero ¿qué importa?

R. BLAS *(Apoyándose en la pared para no caer y hablando entre sí.)* ¿Así el cobarde toma por cosa de juego el atormentarme? ¡Acaso será éste un lance horrible! *(Levanta los ojos al cielo.)* ¡Dios omnipotente, que me probáis, amparadme, Señor!

SALUS. ¡Hola! ¿Estás reflexionando? Amigo, no tomes las cosas por lo serio. Voy adelantando hacia un fin que yo solo debo conocer, fin más feliz para ti de lo que te figuras; sosiégate, pues, y obedece; ya te dije y repito que deseo tu felicidad. Ve adelante y el asunto se terminará. ¿Qué son las penas del amor? Todos pasamos por ellas, y son asunto de un día. ¿Sabes que se trata nada menos que del destino de un imperio? A su lado, ¿qué significa el tuyo? Háblote con franqueza; por tu parte, hazme el favor de querer entenderme. Yo soy muy bueno y condescendiente; pero, ¡qué demontre!, un lacayo no es más que un vaso de humilde barro en quien quiero derramar mis caprichos. Amigo, de los de tu clase uno hace lo que quiere; tu amo, según el fin que persigue, te pone un disfraz a su gusto, y puede quitártelo cuando se le antoje. Te he hecho gran señor, y aunque es un papel algo fantástico, paréceme que por ahora tu traje es completo; pero no olvides nunca que eres mi criado y que te encuentras aquí cortejando a la reina por casualidad, como pudieras hallarte detrás de mi coche; atiende, pues, un poco la razón.

R. BLAS *(Que ha escuchado a don Salustio como asom-*

brado y cual si no diese crédito a sus oídos.) Justo Dios, ¿qué falta he cometido que así me castigáis? ¡En qué fatal situación me encuentro voluntariamente y sin culpa alguna! ¡Ah, señor! ¿Unicamente para ver agonizar a una desdichada víctima me habéis sumergido en este abismo? ¡Despedazar el corazón en que rebosa la lealtad y el amor, sin más objeto que realizar una venganza!... *(Hablando consigo mismo.)* Sí, no cabe duda; esto es una venganza y estoy seguro de que se dirige contra la reina. ¿Qué debo hacer? ¿Ir a darle parte de todo? ¡Cielos, convertirme a sus ojos en un objeto de disgusto y horror! ¡Un criado, un bribón de dos caras! ¡Un desvergonzado a quien se echa a palos! ¡Ah, yo me confundo y pierdo la razón! *(Reflexiona algunos instantes.)* ¡Oh, Dios, lo que está pasando! Levántase una máquina terrible en la sombra del misterio, ármanse innnumerables rodajes, y luego, para ensayarla, echan mano de una librea, de un criado, para darle movimiento; vense luego salir de debajo de las ruedas jirones teñidos de sangre y de lodo, una cabeza rota y un corazón humeante, sin estremecerse cuando se conoce que bajo la librea de un lacayo existe un hombre. *(Vuélvese a don Salustio.)* Pero todavía es tiempo, y la horrible rueda no se halla aún en movimiento. Señor, tened compasión de mí, y, sobre todo, compadeceos de ella. Ya sabéis que soy un servidor fiel; a lo menos, así lo habéis dicho a menudo. ¡Ya lo veis, me someto! ¡Perdón!

SALUS. Nunca llegará a entenderme este hombre. Esto me impacienta.

R. BLAS *(A los pies. de don Salustio.)* ¡Perdón!

SALUS. Abreviemos. *(Vuélvese hacia la ventana.)* Creo que has cerrado mal la ventana; viene por allí un aire... *(Va a cerrarla.)*

R. BLAS *(Levantándose con resolución.)* ¡Ah! ¡Esto es ya demasiado! Sabed que soy duque de Olmedo y poderoso ministro, y que levanto la frente bajo el pie que intenta aplastarme!

SALUS. ¡Cómo! ¿Qué estás diciendo? Repite la frase: «¡Ruy Blas, duque de Olmedo!» Tienes una venda en los ojos; sabe que sólo a Bazán se ha dado semejante título.

R. BLAS Os haré prender.

SALUS. Y yo descubriré quién sois y toda vuestra impostura.

R. BLAS Pero...

SALUS. ¿Me acusaréis? He arriesgado nuestras dos cabezas y todo lo he previsto. Vuestro aire de triunfo es muy prematuro.

R. BLAS Lo negaré todo.

SALUS. ¡Vaya, que sois muy niño!

R. BLAS No tenéis pruebas.

SALUS. Ni tú tienes memoria; yo hago lo que digo, bien puedes creerlo: soy la mano, al paso que tú no eres más que el guante. *(En voz baja y acercándose a Ruy Blas.)* Si no me obedeces, si mañana no vas a tu casa a preparar lo que te he dicho, si hablas una sola palabra de lo que pasa o la dejas traducir con el menor gesto o mirda, en primer lugar, empezando por tu loca aventura, la verás hecha pública y difamada, y perdida a la que tantos temores te causa; en seguida recibirá, bajo carpeta, cierto papel que guardo en lugar seguro, escrito y firmado de una mano que tú ya te acordarás, y en él leerá: «Yo, Ruy Blas, lacayo del marqués de Finlas, me obligo a servirle como buen criado en cualquier ocasión pública o secreta.»

R. BLAS *(Con voz casi apagada.)* Basta, señor; haré cuanto gustéis. *(Abrese la puerta del fondo y entran los miembros del Consejo privado; don Salustio se emboza de repente en la capa.)*

SALUS. *(Con voz baja a Ruy Blas.)* Alguien llega. *(Saludándole.)* Señor duque, servidor vuestro. *(Vase.)*

TELÓN

PARTE CUARTA

Una estancia sombría con muebles suntuosos, pero viejos y de forma muy antigua; antiguos cortinajes de terciopelo carmesí con galones de oro. En el fondo, una puerta de dos hojas. A mano izquierda, una gran chimenea con esculturas del tiempo de Felipe II. En el lado opuesto, una pequeña ventana enrejada y abierta a gran altura, semejante a las de las cárceles. En las paredes, algunos retratos ahumados y medio borrados, armarios con un espejo de Venecia y sillones del tiempo de Felipe III; una alacena y una mesa cuadrada con recado de escribir.

(Es de mañana. Ruy Blas está sentado frente a su paje.)

R. BLAS *(Aparte y hablando consigo mismo.)* ¿Qué haré? En primer lugar, y antes que todo, debo ocuparme de la reina. Sí; aunque debiesen estrellarme la cabeza contra la pared, aunque me amenazase la horca y el infierno, es preciso que la salve. Pero ¿qué debo hacer para lograrlo? Si sólo consistiese en sacrificar mi sangre toda, mi vida, mi alma, fuera fácil; pero ¿cómo destruir esta horrible trama o cómo penetrarla tan sólo? Sin embargo, es preciso adivinar lo que don Salustio haya podido urdir y combinar. Sale de repente de la oscuridad y vuelve luego a ocultarse bajo la sombra del misterio; y así, solo, durante la noche, ¿qué es lo que imagina? ¿Qué hace?... ¡Cuando pienso que en los primeros momentos tuve la cobardía y la estupidez de rogarle por mí!... Pero veamos: no hay duda, es un malvado. Más no puedo imaginar... ¡Después de haber medio devorado a su presa, abandonarla por compasión a su criado!... ¿Es acaso posible enternecer a una fiera?... Sin embargo, Ruy Blas, hombre miserable, es fuerza que la salves a toda costa ya que fuiste el instrumento de su

pérdida... ¡Acabó todo, héteme caído! ¡De tanta elevación a tanta profundidad! ¿Ha sido, pues, un sueño todo?... Quiero que se libre... Pero ¿y él, este genio del infierno? ¿Por qué puerta, por qué escondrijo va a llegar? Es dueño de mí, de mi vida, lo mismo que de esta casa; él es el amo y puede arrancar todos los dorados; tiene todas las llaves en su poder, y puede entrar y salir misteriosamente y andar por estas estancias, lo mismo que disponer de todas mis acciones. Sí; todo fué un sueño. La fortuna nos turba el juicio con la rapidez de los acontecimientos. Estoy fuera de mí y no tengo ni una idea en su propio lugar; mi razón, de que tanto me envanecía, es arrebatada por un torbellino de rabia, de despecho y de espanto, cual un débil junco batido por el furor del huracán. Pero ¿qué puedo hacer, Dios mío? Desde luego impediré que salga de palacio. Sí; el lazo debe estar aquí; no hay duda. ¡Ah! No veo en torno mío más que tinieblas y abismos, y aunque conozco que hay un lazo terrible, no me es dado verlo. Ya está resuelto; le mandaré al instante un aviso para que no salga de palacio... Pero ¿por quién, si no tengo a nadie?... *(Reflexiona algunos instantes abatido, y de repente, como si le ocurriera una idea o viese brillar un rayo de esperanza, levanta la cabeza.)* ¡Sí, don Guritán la ama, y es hombre muy leal! *(Hace seña al paje para que se acerque y le dice en voz baja):* Paje, ve corriendo a casa de don Guritán, ofrécele mil disculpas de parte mía, y dile que al instante me haga el favor de ir a ver a la reina y rogarla, en su nombre y en el mío, que no salga absolutamente de palacio durante tres días por cuanto pueda suceder, ni por más que se vea instada. ¡Anda pronto! ¡Ah! *(Saca de su cartera papel y lápiz y escribe.)* Dile que entregue este papel a la reina y que vigile. *(Escribe de prisa sobre su rodilla.)* «Creedme, don Guritán: importa que hagáis cuanto os aconsejo.» *(Dobla el papel y lo entrega al paje.)* En cuanto al duelo, dirásle

que confieso mis faltas, que le daré pública satisfacción y que me compadezca, pues tengo graves disgustos. Dile que lleve al instante mis súplicas a la reina, puesto que está en inminente peligro; que no salga, suceda lo que suceda, a lo menos hasta que hayan pasado tres días. Haz puntualmente lo que te mando, sé discreto y cuidado con que dejes traslucir la menor cosa.

PAJE Soy vuestro leal servidor, pues sois un amo muy bueno.

R. BLAS. Anda, amigo. ¿Lo has entendido bien?

PAJE Señor, perded todo cuidado. *(Vase.)*

R. BLAS *(Dejándose caer en un sillón.)* Parece que renace la calma en mi espíritu. Sin embargo, cual si hubiese perdido la razón, conozco confusamente que olvido mis cosas importantes. Sí, el medio es seguro: Don Guritán... Pero ¿y qué hago yo? ¿Debo esperar aquí a don Salustio? ¿Y por qué razón? No; no le aguardaré. Mi aviso, al menos, va a paralizar sus tramas por más de un día. Vamos a rezar en alguna iglesia y Dios me inspirará ahora, que más que nunca necesito de su ayuda. *(Toma el sombrero y toca una campanilla de encima de la mesa. Salen dos negros vestidos de terciopelo de color verde claro y brocado de oro y se detienen en la puerta del fondo.)* Voy a salir. Dentro de poco llegará un sujeto por una entrada particular; aunque le veáis obrar como si fuera el señor de esta casa, dejadle hacer; si, además, vienen otras personas... *(Después de un momento de incertidumbre.)* Dejadlas entrar. *(Despide con un gesto a los negros, los que se inclinan en señal de obediencia y sumisión y se retiran.)* Salgamos. *(Apenas Ruy Blas acaba de cerrar la puerta, óyese un gran ruido en la chimenea, y por ella cae en la estancia, de repente, un hombre envuelto en una mala capa: es don César.)*

CESAR *(Aturdido, con el vestido y el cabello en el mayor desorden, pero con expresión alegre e inquieta al mismo tiempo.)* ¡Soy yo! *(Levántase del suelo en que ha caído desde la chimenea, y se*

adelanta frotándose la pierna en que se ha herido al caer y haciendo muchas cortesías con el sombrero en la mano, sin ver que en la estancia no hay nadie.) Perdonad, señores; no fijéis en mí la atención, pues vengo de paso. Continuad vuestra conversación, por favor. Es verdad que me he introducido aquí de un modo algo irregular, y creed que lo siento; pero... *(Detiénese en medio de la estancia, levanta la vista y ve que se halla solo.)* ¡Hola! ¿No hay nadie por aquí? Hace un momento que, suspendido ahí en el techo, hubiera jurado oír hablar... ¡Nadie! *(Siéntase en un sillón.)* Muy bien; reflexionemos un poco, ya que la soledad a ello me convida... ¡Jesús, qué multitud de acontecimientos! ¡Estoy maravillado! Primeramente estos malditos alguaciles que me echaron el guante; en segundo lugar, ese absurdo embarque; luego, los corsarios y aquella gran ciudad en que tanto me molieron el culo a palos; en seguida, las tentaciones contra mi virtud de aquella muchacha, mi fuga en la mazmorra, mis viajes, y, en fin, mi regreso a España, donde por la más rara de las casualidades (¡de veras parece una novela!) me encuentro el mismo día de mi llegada a Madrid con los mismos alguaciles que me prendieron, quienes echan tras de mí; emprendo la huída, veo una casa confundida entre los árboles, me encaramo por éstos sin ser visto y me descuelgo por una chimenea, en la cual me desgarro el vestido, y, por último, me introduzco de tan extraña manera en el seno de esta casa... Lo que siento más es mi capa nuevecita... *(Mírase en un espejo de Venecia que hay encima de un pequeño armario lleno de esculturas.)* ¡Vaya, que don Salustio es un bribón de siete suelas! Mi ropilla me ha acompañado en todas las aventuras, pero la pobre está ya agonizando. *(Quítase la capa y contempla en el espejo la ropilla de raso de color de rosa, raída y estropeada; luego se pone las manos en la pierna y dirige la vista a la chimenea.)* Esta pierna se me ha lastimado con la caída y me due-

le más de lo que es menester. *(Abre los cajones del armario y en uno de ellos encuentra una capa de terciopelo verde claro bordada de oro, la misma capa que don Salustio dió a Ruy Blas; examínala y compárala con la que lleva.)* Esta capa paréceme más decente que la mía. *(Pónesela y coloca la suya en el cajón, después de haberla doblado con esmero; a continuación se pone el sombrero, hundiéndoselo de un puñetazo, y vuelve a cerrar el cajón. Paséase envanecido y con ostentación con la nueva capa.)* Heme ahí como renovado; todo va perfectamente. Ahora, mi adorado primo, pues habéis querido desterrarme a Africa, a ese país donde se juega con la vida del hombre, ahora, condenado primo, luego que haya almorzado, tomaré mi nombre verdadero, vendré a vuestra casa llevando conmigo a todos los vagabundos que conozco y que huelen a cáñamo a una legua, y os entregaré a su furor y además al de todo el ejército de mis acreedores. *(Repara en un magnífico par de botas que hay en un rincón de la estancia; quítase los viejos zapatos que lleva y se las pone.)* Sepamos al fin dónde he venido a parar a consecuencia de esta persecución. *(Examina la estancia por todos lados.)* En verdad esta casa es muy misteriosa y propia para trágicas escenas. Las puertas, cerradas; las ventanas, con rejas de hierro. Esta mansión es un verdadero calabozo. En ella se entra por arriba como el vino en las botellas. *(Suspira.)* ¡Ah! ¡No hay nada como el buen vino! *(Repara en la puertecita de la derecha; la abre, introdúcese en el gabinete con que comunica dicha puerta, y en seguida vuelve a salir haciendo gestos de admiración.)* ¡Estoy maravillado! He ahí un cuarto sin salida en que todo también está cerrado. *(Va a la puerta del fondo, la entreabre, y después de haber mirado hacia fuera, la vuelve a cerrar y se adelanta.)* ¡No se ve un alma!... ¿En dónde estoy?... El caso es que me libré de las garras de los alguaciles; siendo así, ¿qué me importa de lo demás? ¿He de asustarme acaso por hallar-

me en una casa y no haber visto en mi vida otra semejante? *(Siéntase en el sillón bostezando y al instante vuelve a levantarse.)* ¡Diantre! ¡Me va entrando un tedio de dos mil diablos desde que estoy aquí! *(Repara en una alacena que hay en la pared, a mano izquierda.)* ¡Hola! Esto, al parecer, es una librería. *(Va a abrir la alacena, y la encuentra muy abastecida de manjares.)* ¡Hola, hola! ¡He aquí precisamente lo que necesito!... ¡Una empanada! ¡Vino! ¡Una sandía! ¡Seis frascos bien alineados! ¡Oh! ¡Admirable conjunto! Ciertamente me parece haber juzgado esta casa con alguna prevención. *(Examina las botellas una por una.)* Están muy bien escogidos estos vinos, y la alacena es digna de un canónigo. *(Dirígese a un rincón del aposento, toma una mesa redonda que allí encuentra, se la lleva consigo y coloca en ella todo cuanto encierra la alacena, como platos, botellas y demás; coge un vaso, un plato, un cubierto, y empieza por llenar el vaso, con señales de regocijo.)* Empecemos por catar este vino. *(Bebe el vaso de una sentada.)* Esta es una obra admirable de aquel famoso poeta que llaman el sol; ¡y en verdad que Jerez nada tiene más hermoso! *(Siéntase y bebe otro vaso de vino.)* ¿Qué libro puede compararse con éste? A ver, que me presenten alguno que estimule el ingenio tanto como este licor espirituoso. *(Bebe.)* ¡Ah! Parece que todo me refocila. Probemos ahora un bocado. *(Corta la empanada.)* ¡Oh, perros de alguaciles, ahora sí que habéis perdido la pista! *(Come.)* ¡Oh rey de las empanadas!... ¿Y si por un acaso llegase el amo de esta casa?... *(Va a la alacena y saca otro vaso y un cubierto y lo pone en la mesa.)* Si llegase... ¡Qué! ¡Le convidaría! Sin embargo, comamos presto, no fuera que se le antojase echarme de aquí. *(Come con voracidad.)* En acabando de comer visitaré la casa; pero ¿quién diablos la habita? Un buen sujeto tal vez. Todo lo más que puede ocultarse aquí será alguna intriga mujeril. Además, ¿qué mal hago yo? Nada

pido, nada reclamo, sino la hospitalidad del dueño de esta habitación, a usanza de los antiguos. En primer lugar, este vino no anuncia un hombre malo, y luego, si alguien viene, digo mi nombre. ¡Qué coraje voy a dar con esto a mi maldito primo! «¿Quién?—dirá tal vez—. ¿Ese gitano? ¿Ese sarnoso? ¿Ese bandido? ¿Ese descamisado y andrajoso Zafarí?» Sí, señor; el mismo don César de Bazán, primo de don Salustio. ¡Oh! ¡Qué sorpresa! ¡Qué zambra va a moverse en Madrid! «¿Cuándo ha vuelto?—preguntarán—. ¿Esta mañana? ¿Esta tarde?» Vamos; en todas partes voy a meter ruido con este gran nombre olvidado por tanto tiempo y que vuelve de improviso a retumbar. Soy don César de Bazán, señores, para lo que gustéis mandarme. Otros dirán: «Nadie se acordaba de él ni pronunciaba su nombre. ¿Conque no murió?» Vive, señores y señoras; vive todavía, para serviros. «¡Qué diablos!»—exclamarán los hombres—. «¡Muy bien!»—añadirán las mujeres—. Estos serán los dulces susurros que le recibirán a uno al volver a su patria, mezclados con los ladridos de trescientos acreedores! ¡Qué papel tan magnífico voy a representar! Pero, ¡ah!, lo peor del caso es que no tengo dinero. *(Oyese ruido a la puerta.)* Sin duda van a llegar y a echarme de aquí como a un perro. Venga lo que viniere; valor, César. *(Embozándose con la capa hasta los ojos. Abrese la puerta del fondo y entra un lacayo con libros, llevando un gran bolsón de cuero al hombro.)*

CESAR *(Examinando al lacayo de la cabeza a los pies.)* ¿A quién buscáis por aquí, amigo? *(Aparte.)* Mucho aplomo es menester, pues es grande el peligro.

LACA. A don César de Bazán.

CESAR *(Sacando la cara fuera del embozo.)* ¡A don César! ¡Yo soy! *(Aparte.)* He ahí prendente!

LACA. ¿Sois vos el señor don César de Bazán?

CESAR ¡Pardiez! ¡Tengo el honor de ser el mismo!

¡César! ¡El verdadero, el único César, conde de Garo!...

LACA. *(Poniendo el bolsón de cuero encima de un sillón.)* Dignaos examinar si está cabal la cuenta.

CESAR *(Como deslumbrado y aparte.)* ¡Dinero! ¡La tentación es un poco fuerte! *(Alto.)* Amigo mío...

LACA. Hacedme el favor de contar esta suma, que me han mandado entregaros.

CESAR *(Con gravedad.)* ¡Ah! ¡Muy bien! Ya entiendo. *(Aparte.)* Lléveme el diablo si... ; pero no echemos a perder esta admirable historia. Esto viene muy al caso. *(Alto.)* ¿Se ha de firmar recibo?...

LACA. No, señor.

CESAR *(Señalándole la mesa.)* Pon el dinero encima de esta mesa... ¿De dónde viene?

LACA. Ya lo sabéis, señor.

CESAR En efecto, estoy muy enterado; pero...

LACA. Debo añadir que este dinero viene de la persona que vos sabéis y es para lo que vos sabéis.

CESAR *(Satisfecho de la explicación.)* Entiendo, entiendo.

LACA. Los dos hemos de guardar suma reserva; así es que ¡chitón!

CESAR Sí, amigo mío; sobre todo, chitón. Este dinero viene de quien yo sé, y los dos debemos guardar suma reserva; la cosa no puede estar más clara.

LACA. Yo obedezco; en cuanto a lo demás, no entiendo...

CESAR No importa.

LACA Pero vos lo entenderéis.

CESAR Perfectamente.

LACA. Basta eso.

CESAR Amigo mío, lo entiendo y lo acepto, pues el recibir dinero es siempre muy claro y...

LACA ¡Psit!

CESAR Sí, sí, silencio; no sea que alguna indiscreción ..

LACA ¡Qué diablos!

LACA Ved si está la suma corriente.

CESAR ¿Por quién me tomas? *(Admirado del volumen de la bolsa.)* ¡Qué hermosa redondez!

LACA. *(Insistiendo.)* Pero...

CESAR Fíome de ti.

LACA. Hallaréis la cuenta en hermosas y sonantes monedas de oro y plata de muy buena ley. *(Don César abre el bolsón y saca de él varios talegos de oro y plata y derrama las monedas sobre la mesa con el mayor asombro; luego empieza a coger puñados de dinero y se llena las faltriqueras.)*

CESAR *(Aparte y con orgullo.)* He aquí que mi novela acaba por arte de magia en medio de un mar de doblones. *(Luego que ha llenado una faltriquera, pasa a hacer lo propio con la otra, y busca nuevas faltriqueras en todo su cuerpo, pareciendo haber olvidado que está allí el lacayo.)*

LACA. *(Mirándole hacer, sin moverse e impasible.)* Ahora aguardo vuestras órdenes.

CESAR *(Volviéndose.)* ¿Mis órdenes? ¿Y para qué?

LACA. A fin de poner por obra, pronto y sin la menor dilación, lo que vos sabéis, y de que yo no tengo conocimiento, pues intereses de la mayor importancia...

CESAR *(Interrumpiéndole.)* Sí; intereses públicos y privados.

LACA. Exigen que todo se haga al instante; con esto digo lo que se me ha mandado decir.

CESAR *(Dándole golpecitos en el hombro.)* Por lo mismo te lo agradezco; eres un servidor muy fiel.

LACA. A fin de que el asunto no sufra retardo, mi amo me pone a vuestra disposicióón para que os ayude.

CESAR Tu amo obra muy oportunamente. Voy a cumplir con lo que desea. *(Aparte.)* ¡De veras quiero que me ahorquen si sé qué decirle! *(Al lacayo.)* Acércate, amigo mío, ante todo... *(Llena un vaso de vino.)* Bébete este vaso de vino.

LACA. ¡Cómo, señor!...

CESAR Bebe, hombre, bebe. *(El lacayo bebe.)* Es vino de Oropesa. *(Ha sentar al lacayo y le obliga a beber llenándole el vaso.)* Ahora tengamos un ratito de conversación. *(Aparte.)* Parece que le chispean un poco los ojos. *(Al lacayo.)* El hom-

bre, amigo mío, no es más que humo que sale del fuego de las pasiones. *(Llénale otra vez el vaso y le insta para que beba.)* Ahí verás que es un bruto y tan recio como todo lo que te voy diciendo; aunque el humo que pasa por una chimenea sube hasta los cielos, al paso que el hombre *(Frótase la pierna.)* es sólo un plomo vil. *(Llena los dos vasos.)* ¡Pero bebamos, que vale más el canto de un borracho que pasa por la calle que todos los doblones que me has traído! *(Acércase al lacayo con aire misterioso.)* Mas, ya ves, amigo, que debemos ser prudentes; cuando un carro está muy cargado, se rompe el eje; el muro que no tiene cimientos desplómase en un instante. Hazme el favor de arreglarme un poco el cuello de la capa.

LACA. *(Con altivez.)* Señor, no soy ayuda de cámara. *(Antes que don César pueda impedírselo toca la campanilla que hay sobre la mesa.)*

CESAR *(Asustado y aparte.)* ¿Qué diablos hace? Ya veo venir al dueño de la casa en persona y héteme cogido. *(Sale uno de los negros. Don César, lleno de ansiedad, le vuelve la espalda como no sabiendo qué hacerse.)*

LACA. *(Al negro.)* Doblad el cuello de la capa al señor. *(El negro se acerca con gravedad a don César, quien se deja servir admirado; el negro le dobla la capa, le abrocha el corchete, saluda y vase, dejándolo como petrificado.)*

CESAR *(Levantándose de la mesa.)* A fe mía que cuanto aquí me pasa parece cosa de encantamiento. *(Adelántase hacia el proscenio y se pasea dando grandes pasos.)* Pero ¿qué hemos de hacer? Tomar las cosas como vienen. ¡Lo esencial es que tengo dinero en abundancia! Veamos qué destino puedo darle. *(Vuélvese hacia el lacayo, quien, enfrascado en su comida, prosigue bebiendo, y empieza ya a tambalearse en su asiento.)* Disimula, amigo; luego estaré por ti. *(Reflexionando aparte.* Reflexionemos... ¿Si empezaré por pagar a mis acreedores?... ¡Poco a poco!... Sin embargo, si para sosegar un poco a

esas almas irascibles las diese así algunas cantidades a cuenta de... Mas ¿de qué me serviría regar tan malignas plantas? ¡Qué demonio de ideas se me ocurren! No hay como el dinero para corromper a un hombre y para inspirarle sentimientos plebeyos, aunque descienda del mismo Aníbal, conquistador de Roma. ¿Qué dirían de mí las gentes si me viesen pagando mis deudas? ¡Oh!...

LACA. *(Bebiendo.)* ¿Qué me mandáis?

CESAR Nada; déjame reflexionar; entretanto sigue bebiendo. *(El lacayo continúa bebiendo sin medida. Don César continúa embebido en sus reflexiones. Por fin se da un golpe en la frente como si se le ocurriera una idea repentina. Aparte.)* ¡Sí! *(Al lacayo.)* Levántate al instante. Lo que debes hacer ahora es llenar tus bolsillos de dinero. *(El lacayo se levanta vacilando y embriagado, y se llena de dinero las faltriqueras, ayudándole don César y diciendo al mismo tiempo.)* Ve al callejón que hay al extremo de la plaza Mayor, y éntrate en la casa número 9; es una casa estrecha; hermosa habitación si no fuera que en la ventana de la derecha hay papeles en lugar de cristales.

LACA. ¿Una casa tuerta?

CESAR No, bizca; es muy fácil desnucarse al subir aquella escalera; así que anda con cuidado.

LACA. ¿Una escala?

CESAR Poco más o menos; es muy empinada. En el último piso vive una hermosa muy fácil de reconocer por su gorro de seis sueldos y sus cabellos crespos y desgreñados; es un poco baja de estatura y algo rubia; en fin, ¡una mujer encantadora! Anda con ella muy respetuoso, amigo mío, pues es mi amante; la bella Lucinda que, en otro tiempo rubia y de ojos azules, bailaba por las noches el fandango en ciertas casas de consideración; a ésta, pues, le entregarás de mi parte, cien ducados. Al lado, en un camaranchón, encontrarás un pobre diablo, de nariz encarnada, que lleva metido hasta la nariz un sombrero viejo con

una pluma que un tiempo fué nueva, y al parecer llora su pasada hermosura ; una tizona enmohecida al lomo, y hecho andrajos el vestido ; a este bribonzuelo le darás de mi parte seis pesos fuertes. Más lejos hallarás, en las cuatro esquinas, una especie de cueva negra como boca de lobo ; y en este figón verás a uno de sus más constantes parroquianos bebiendo y fumando en el umbral. Es un sujeto muy amable y elegante, que nunca jura ni blasfema ; éste es un amigo de confianza y se llama Gulatromba. ¡Treinta escudos!... Y le dirás que se los beba pronto, que no le faltarán otros ; dales a todos estos pícaros las monedas, y no te asombres por más que les veas abrir tamaño ojo.

LACA. ¿Y luego?

CESAR Quédate con lo restante. Por último...

LACA. ¿Qué mandáis, señor?

CESAR Ve a la taberna, rompe muchos platos y arma peloteras ; pero ¡cuidado que no te me vuelvas a tu casa hasta mañana después de anochecido !

LACA. Así lo haré, príncipe. *(Va hacia la puerta tambaleándose.)*

CESAR *(Viéndole andar.)* ¡Está borracho como un pellejo ! *(Llámale, y el lacayo retrocede.)* ¡Aguarda !... Al salir, van a seguirte los ociosos, y es menester que con tu continente hagas honor al vino y que sepas portarte con nobleza. Si acaso se te cayeran algunos escudos de los bolsillos, no te dé cuidado ; déjalos caer ; y aun, si algunos estudiantes o truhanes y mendigos de los que pasan por la calle los recogieran, amigo mío, déjalos hacer, que cuando Dios da, para todos da : y no me vayas a poner la cara feroz por una friolera ; antes sé tolerante hasta con algún atrevido que acaso fuere a quitarte alguna moneda de la faltriquera ; ya ves que son hombres lo mismo que nosotros ; además, en este pícaro mundo, lleno de miserias y de aventuras, es una ley general el dar, cuando se puede, algún momento de placer a nuestros semejantes. *(Con melancolía.)* Tal vez algún día se vean pendientes de la

horca; por consiguiente, guardémosles las debidas consideraciones. Sobre todo, no te detengas por ningún motivo. Anda, picarillo. *(Vase el lacayo. Don César vuelve a sentarse, con el codo apoyado en la mesa, y parece embebido en profundas reflexiones.)* Es un deber de todo hombre prudente y cristiano hacer un buen uso del dinero cuando se tiene. A lo menos me queda para vivir ocho días... Los viviré; y si me resta alguna cantidad, la emplearé en varias piadosas fundaciones... Sin embargo, no me atrevo a confiar en ello, porque sin duda van a quitarme otra vez este dinero, pues es claro que lo debo a una equivocación, a un error. Se habrá dirigido mal, o me habré explicado yo confusamente... *(Vuelve a abrirse la puerta del fondo y aparece una dueña vieja.)*

DUEÑA *(Desde el umbral.)* ¿El señor don César de Bazán?

CESAR *(Absorto en sus pensamientos levanta de repente la cabeza y fija la vista en la dueña.)* ¡Hola! ¡Ahora es una hembra! *(Mientras la dueña hace una profunda cortesía, don César se queda lleno de asombro.)* O el diablo o el mismo don Salustio ha de andar metido en esta danza. ¿Apostamos a que al fin veré presentárseme a mi primo?... ¡Una dueña! *(En alta voz.)* Yo soy don César. ¿Qué objeto?... *(Aparte.)* Regularmente una vieja es precursora de una joven.

DUEÑA *(Haciendo una cortesía y la señal de la Cruz.)* Señor, os saludo, hoy que es vigilia, en nombre del Hijo de Dios, Señor de todo lo creado.

CESAR *(Aparte.)* Esto va bien; a un final de galanteo, un principio devoto. *(Alto.)* Amén. Buenos días.

DUEÑA Que Dios os conserve la alegría. *(Con misterio.)* Pues, señor, ¿habéis dado una cita secreta a cierta persona que a vos me envía?

CESAR Soy muy capaz de ello.

DUEÑA *(Sacando de su guardainfante un billete cerrado, el cual enseña a don César, pero sin dejárselo tomar.)* Así, pues, sois vos el mismo que acaba

de remitir este escrito a la persona que os ama y que ya sabéis, dándole una cita para esta misma noche?

CESAR A buen seguro debo ser yo.

DUEÑA Está muy bien. La dama, que sin duda estará casada con algún viejo, se ve obligada a tomar exquisitas precauciones, y me ha encargado que viniera a procurarme todas las posibles seguridades. Yo no la conozco; pero la camarera me ha hablado mucho de ella; además, vos ya estáis enterado, y esto es bastante, aunque ignoro los nombres.

CESAR Excepto el mío.

DUEÑA La cosa es muy sencilla: cierta dama recibe una cita de parte del dueño de su corazón, pero está recelosa de caer en algún lazo; y como nunca están de más las precauciones, me envía a recibir de vuestra misma boca la confirmación...

CESAR *(Aparte.)* ¡Maldita vieja, cuánta charla para un recado de amor! *(Alto.)* ¡Cuando os digo que soy yo!...

DUEÑA *(Poniendo el billete cerrado encima de la mesa, don César lo examina con curiosidad.)* En este caso, ya que sois vos, tendréis la bondad de escribir en el reverso de la carta estas palabras: «Señora, podéis venir.» Pero no de letra vuestra, para evitar compromisos.

CESAR *(Aparte.)* ¡Llévese el diablo a la vieja! ¡Ahora me sale con mi letra! No se dirá que desempeña mal su comisión. *(Don César alarga la mano para coger la carta, pero está cerrada y la dueña no se la deja tocar.)*

DUEÑA No debéis abrirla. ¿Acaso no la conocéis en el modo como está cerrada?

CESAR ¡Vaya si la conozco! *(Aparte.)* Precisamente cuando reviento de curiosidad... Pero representemos el papel. *(Toca la campanilla y sale uno de los negros.)* Ven acá. ¿Sabes escribir? *(El negro hace una seña afirmativa. Admírase don César. Aparte.)* ¡Responde por señas! *(Alto.)* ¡Hola, tunante! ¿Eres acaso mudo? *(El negro hace otra seña afirmativa y don César se admira*

de nuevo. Aparte.) La cosa va siguiendo; ¡ahora he de habérmelas con mudos! *(Señala al mudo la carta que tiene la vieja aplicada a la mesa.)* Escribe ahí: «Señora, podéis venir.» *(Don César hace una seña a la vieja de que recoja otra vez la carta, y otra al mudo de que puede irse. Vase el mudo. Aparte.)* ¡Es muy obediente!

DUEÑA *(Que vuelve a meterse la carta en el guardainfante y se acerca a don César.)* Esta noche, pues, la veréis. ¿Qué tal? ¿Es hermosa?

CESAR ¡Encantadora!

DUEÑA La camarera, a lo menos, es una muchacha muy linda; llamóme aparte estando a la mitad del sermón; y os digo que es bella como un ángel; además parece muy enterada de asuntos de amor.

CESAR *(Aparte.)* ¡Creo que me contentaría con la camarera!

DUEÑA El ama es siempre más bella que la criada; la sultana, más que la esclava; de lo que deduzco que la señora que os ama debe de ser bellísima.

CESAR De ello me envanezco.

DUEÑA *(Haciendo una cortesía para marcharse.)* Caballero, bésoos la mano.)

CESAR *(Dando a la dueña un puñado de monedas.)* Y yo os unto la vuestra. ¡Tomad, abuela!

DUEÑA *(Metiéndose el dinero en la faltriquera.)* ¡Qué divertidos sois los jóvenes del día!

CESAR Andad con Dios. *(Vase la dueña.)* ¡Al fin voy a tomar la resolución de no admirarme de cuanto pueda suceder! Parece ciertamente que habito en la luna y que me vienen a pedir de boca los sucesos: ya satisfacen mi hambre y mi miseria; ahora van a satisfacer mi corazón. *(Reflexionando.)* Todo ello me parece excelente; sin embargo, ¡cuidado con el fin de esta comedia! *(Abrese la puerta del fondo y sale don Guritán con dos largas espadas debajo del brazo.)*

GURI. *(Desde el fondo del teatro.)* ¿Don César de Bazán?

CESAR *(Revolviéndose y reparando en don Guritán y en las dos espadas.)* En fin, paréceme que ahora lle-

ga lo mejor de la aventura... Una comida excelente, luego dinero en abundancia; en seguida una cita amorosa; ¡y por último un duelo!... ¡Vuelven para mí los tiempos de mis pasados días! *(Dirígese alegremente y haciendo muchos saludos a don Guritán, que le echa unas miradas inquietas y se adelanta muy estirado.)* Aquí está, señor; pero tened la bondad de entrar y tomar asiento. *(Preséntale una silla.)* Sin ceremonia y como si estuvieseis en vuestra casa. Muchísimo me alegro de veros; hablemos, pues, un poco. ¿Qué se dice en Madrid? Porque habéis de saber que acabo de llegar de los países más extraños del mundo.

GURI. ¿Sois recién llegado, caballero? Pues yo lo soy igualmente.

CESAR ¿Y de qué país venís?

GURI. Del Norte.

CESAR Y yo del Mediodía.

GURI. Vengo furioso.

CESAR Yo llego rabiando.

GURI. He andado mil doscientas leguas.

CESAR Yo dos mil; he visto mujeres amarillas, azules, negras, verdes; he estado en países que son una bendición de Dios: la feliz ciudad de Argel, la agradable Túnez, en donde se ven infinitos hombres empalados y pegados a las puertas; ¡tan expeditivas son las costumbres de aquellos turcos!

GURI. Me han burlado.

CESAR Yo fuí vendido.

GURI. Casi me desterraron.

CESAR A mí me ahorcaron casi.

GURI. Figuraos que se me ha enviado a Neuburgo de una manera astuta, con estas cuatro palabras escritas dentro de una caja: «Detened todo el tiempo posible a este viejo loco».

CESAR *(Echándose a reír.)* ¡Ah! ¡Ah! ¿Y quién os hizo esa burla?

GURI. ¡Pero he de torcerle el pescuezo a ese don César de Bazán!

CESAR *(Con gravedad.)* ¡Cómo!

GURI. Para colmo de impudicia, acaba de enviarme un lacayo en su lugar, con el encargo, dice, de disculparle. ¡Un galopín! Pero no sólo no quise verle, sino que lo mandé encerrar en un calabozo, y vengo a ver a su amo, al traidor y desvergonzado don César de Bazán. ¿En dónde está? Tengo mucha prisa por despacharlo para el otro mundo.

CESAR *(Siempre con gravedad.)* Yo soy don César.

GURI. ¿Vos? Caballero, dejaos de chanzas.

CESAR Soy don César.

GURI. ¿Todavía?

CESAR Repito que lo soy.

GURI. Dejad, amigo, ese tema, y si queréis echarla de gracioso, creed que me fastidiáis sobremanera.

CESAR ¡Vaya, que me causáis risa! Estoy viendo en vos todas las trazas de un celoso; y de veras os tengo la más profunda lástima, porque, amigo mío, el mal que nos viene de nuestros propios vicios es peor que el procedente de los ajenos; y aquí, para entre los dos, os confieso francamente que antes quisiera ser pobre que avaro y mejor burlado por mi mujer que celoso; y vos sois uno y otro, según veo, y por ello os digo que podéis estar seguro de que espero una visita de vuestra señora esposa esta misma noche.

GURI. ¿De mi esposa?

CESAR Sí, amigo; de vuestra esposa.

GURI. ¡Si no estoy casado!

CESAR. ¿Pues qué significa esto? Heteos aquí hace más de un cuarto de hora, con el aire de un marido rabioso tan al natural, que me obligáis a daros sencillamente una multitud de consejos en calidad de marido, ¡y me salís al cabo con que no estáis casado! Pues, entonces, ¿con qué derecho habéis llegado a tal punto de ridiculez?

GURI. ¿Sabéis que me exasperáis la bilis?

CESAR ¡Ya!

GURI ¿Que son muy irritantes vuestras palabras?

CESAR ¿De veras?

GURI. ¿Y que me la habéis de pagar?

CESAR *(Examinando con aire burlón los zapatos de don*

Guritán, cubiertos de cintajos, a la última moda del tiempo.) Antiguamente las gentes se adornaban la cabeza con cintas; hoy veo que se usa ponerlas en el calzado; el tocado ma bajado a a los pies. ¡Excelente moda!

GURI. ¡Me daréis una satisfacción al instante!

CESAR ¿Y creéis que?...

GURI. No sois don César; pero voy a empezar por vos, y en seguida arreglaré mis cuentas con él.

CESAR Está bien; pero cuidado no acabe yo con vos.

GURI. *(Presentándole una espada.)* Menos arrogancia, y salgamos pronto.

CESAR *(Aceptando la espada.)* Tanto me gustan los duelos que, cuando se me presenta uno, nunca dejo escapar la ocasión.

GURI. ¡Oh!

CESAR Detrás del muro hay una calle desierta.

GURI. *(Probando la punta de la espada en el suelo.)* En cuanto a don César, luego nos veremos.

CESAR ¿De veras?

GURI. No hay que dudarlo.

CESAR *(Probando también el temple de la espada doblándola en el suelo.)* Uno de los dos ha de quedar muerto; luego os desafío a que deis muerte a don César.

GURI. Salgamos. *(Vanse. Oyese el ruido de sus pasos que se va alejando. Luego se abre una puerta oculta en la pared, a mano derecha, y sale don Salustio, que parece inquieto y preocupado. y escucha en todo sentido con muestras de inquietud.)*

SALUS. ¡Ningún preparativo! *(Viendo la mesa con los restos de la comida.)* ¿Qué significa esto? *(Oye el ruido de los pasos de don César y don Guritán.)* ¿De qué proviene ese ruido? *(Paséase pensativo.)* Esta mañana Gudiel vió salir al paje y le siguió... Iba a casa de don Guritán. No veo a Ruy Blas... ¡Y este paje!... ¡Por vida de!... ¿Si será alguna contramina? Sin duda habrá encargado a don Guritán que avise a la reina. ¡Si pudiese saber algo por los criados! Pero ¿qué me han de decir los mudos? Esto será sin duda.

Yo no preví que el tal don Guritán... *(Vuelve don César con la espada desnuda en la mano y la pone en una silla al entrar.)*

CESAR *(Desde el umbral.)* ¡Ah! ¡Ya lo presumí yo! ¡Héteos aquí, genio maligno!

SALUS. *(Volviéndose y quedando como petrificado al ver a don César.)* ¡Don César!

CESAR *(Cruzando los brazos y soltando una carcajada.)* ¿No es verdad que estáis urdiendo alguna horrible trama, y que con mi aparición en este momento la destruyo, cayendo de improviso en medio de vuestras intrigas?

SALUS. *(Aparte.)* ¡Perdióse todo!

CESAR *(Riendo.)* Toda la mañana que voy descomponiendo vuestros lazos; no hay uno de vuestros proyectos que no lo haya echado a perder; me revuelvo al acaso entre los hilos de la trama, derribo todo vuestro edificio... ¡Ja, ja! ¡No deja esto de ser muy divertido!

SALUS. *(Aparte.)* ¿Qué diablos habrá hecho?

CESAR *(Riendo más y más.)* ¿Y el hombre del dinero que ha venido para el asunto que sabéis? ¡Muy bien!

SALUS. ¿Y qué?

CESAR Lo he emborrachado.

SALUS. Pero ¿y el dinero?

CESAR *(Con majestad.)* He hecho algunos regalos a varias personas; uno tiene dama y amigos...

SALUS. Sin razón sospecháis de mí; yo...

CESAR *(Haciendo sonar sus faltriqueras.)* Primero llené mis bolsillos, ya podéis pensarlo. *(Vuelve a reír.)* Pero ¿y la dama?

SALUS. ¿Qué dama?

CESAR *(Reparando en la ansiedad de don Salustio.)* La dama que ya conocéis... *(Don Salustio escucha con la mayor atención y ansiedad, mientras don César continúa riendo.)* ... y que me envía una horrible dueña, de florido bigote y encarnada nariz...

SALUS. ¿Y con qué objeto?

CESAR Para cerciorarse cuerda y silenciosamente de si es verdad que don César la espera esta noche.

SALUS. *(Aparte.)* ¡Cielos! *(Alto.)* ¿Y qué le habéis respondido?

CESAR La he respondido que podía venir cuando gustase.

SALUS. *(Aparte.)* No se perdió todo.

CESAR En fin, vuestro espadachín, aquel fatuo que me dijo llamarse Guritán *(Movimiento de don Salustio.)*, el mismo que esta mañana se negó a recibir a un criado que le enviaba don César con cierto mensaje, y que vino aquí a pedirme una satisfacción...

SALUS. ¿Qué le habéis hecho?

CESAR He muerto al pájaro.

SALUS. ¿Es cierto?

CESAR Tan cierto, que se halla expirando junto al muro.

SALUS. ¿Estáis seguro de que ha muerto?

CESAR Mucho me lo temo.

SALUS. *(Aparte.)* ¡Respiremos! Nada ha desconcertado, a lo que voy viendo. No obstante, echémosle de aquí; desembaracémonos de este rudo auxiliar... En cuanto al dinero, nada importa. *(Alto.)* ¡La historia es muy extraordinaria! ¿No habéis visto a nadie más?

CESAR A nadie más; pero veré a otras personas, porque quiero seguir adelante con la aventura; quiero que mi nombre meta mucho ruido y mover un escándalo inaudito en la ciudad; no tengáis cuidado.

SALUS. *(Aparte.)* ¡Maldito! *(Alto y acercándose a don César.)* Guardad el dinero, pero idos de esta casa.

CESAR ¡Ya! ¡Y me haréis seguir la pista! Amigo, ya entiendo vuestras mañas; así que no quiero volver a contemplar las azules ondas del Mediterráneo.

SALUS. Creedme.

CESAR De ninguna manera; a más de que en esta casa, o mejor, en esta cárcel, conozco que se maquina una traición contra alguna persona. Toda intriga de corte es como una doble escala en la que por un lado sube el paciente atado, abatido y silencioso, y por el otro el verdugo; y vos en el pre-

sente caso debéis ser precisamente este último.

SALUS. ¡Hombre!

CESAR Yo ahora doy un puntapié a la escala y la echo con mil demonios.

SALUS. Júrote...

CESAR En una palabra: quiero quedarme aquí para desconcertarlo todo. Sé que tenéis bastante poder y astucia para matar dos o tres pájaros de un tiro; pero no importa, y aunque sea yo uno de ellos, no quiero moverme de aquí.

SALUS. Escucha.

CESAR Nada escucho. ¡Conque me entregasteis a los piratas de Africa y estáis creando aquí supuestos Césares! ¿Sabéis que esto es comprometer mi nombre?

SALUS. ¡Pura casualidad!

CESAR ¡Casualidad! Para el tonto que lo crea. No os ha de valer semejante disculpa, y si desconcierto vuestras maquinaciones, peor para vos; pero quiero salvar a aquellos cuya pérdida maquináis: quiero subirme a los tejados y publicar mi nombre a voz en grito. *(Sube a la ventana y mira a la calle.)* Esperad. ¡Calle! Por bajo de la ventana pasan unos alguaciles. *(Introduce el brazo por entre los hierros de la reja y hace señas.)* ¡Hola! ¡Eh! ¡Subid, señores!

SALUS. *(Aparte.)* Si se da a conocer abortan todos mis planes.. *(Entran algunos alguaciles precedidos de un alcalde. Don Salustio se halla perplejo, mientras don César va hacia el alcalde con aire de triunfo.)*

CESAR *(Al alcalde.)* Vais a dejar consignado en un proceso verbal...

SALUS. *(Señalando a don César.)* Que el señor es el famoso bandido Matalobos.

CESAR *(Estupefacto.)* ¡Cómo!

SALUS. *(Aparte.)* Con que pueda ganar veinticuatro horas, todo irá bien. *(Al alcalde.)* Apoderaos de este ladrón, que se atreve a introducirse en mitad del día en las habitaciones. *(Los alguaciles se apoderan de don César.)*

CESAR *(Furioso.)* ¡Mentís villanamente!

ALCAL. ¿Quién nos llamó, pues?
SALUS. Yo.
CESAR ¡Pardiez, estamos frescos!
ALCAL. ¡Silencio!
CESAR Señores, soy don César de Bazán en persona.
SALUS. ¿Don César?... Hacedme el favor de mirar su capa, y hallaréis escrito en el cuello el nombre de Salustio, pues es una capa que acaba de robarme. *(Los alguaciles quitan la capa a don César y el alcalde la examina.)*
ALCAL. En efecto, aquí está escrito.
SALUS. ¿Y la ropilla que lleva?...
CESAR *(Aparte.)* ¡Maldito seas!
SALUS. Robóla al conde de Alba, y podéis ver su escudo y armas entre los adornos de la manga. *(Señalando la manga de la ropilla que lleva don César.)*
CESAR *(Aparte.)* ¡Este hombre está endemoniado!
ALCAL. *(Examina el escudo.)* Así es: conozco las dos torres de oro de sus armas.
SALUS. Y en ellas veréis también los dos calderos. Enríquez y Guzmán. *(Don César hace esfuerzos por desasirse de los que le sujetan, y con ellos le caen algunas monedas de la faltriquera.)*
SALUS. *(Mostrándolo al alcalde.)* Ved si es éste el modo de llevar el dinero los hombres de bien.
ALCAL. *(Meneando la cabeza.)* ¡Hum!
CESAR *(Aparte.)* ¡Estoy cogido! *(Los alguaciles registran las faltriqueras de don César y se apoderan del dinero.)*
ALGUA. *(Registrando.)* Señor, aquí hay unos papeles.
CESAR *(Aparte.)* ¡Oh amorosos billetes salvados milagrosamente de todas mis calamidades!
ALCAL. ¿Cartas? ¡Y de diferentes letras! ¿Qué significará esto?
SALUS. *(Haciéndole observar los sobrescritos.)* ¡Todas van dirigidas al conde de Alba!
ALCAL. Efectivamente.
CESAR Pero...
ALGUA. *(Atándole las manos.)* Ya queda preso. ¡Qué fortuna!
ALGUA. *(Llegando de fuera.)* Señor alcalde, aquí cerca

se halló un hombre que acaba de ser asesinado.

ALCAL. ¿Y el asesino?

SALUS. *(Señalando a don César.)* Aquí lo tenéis.

CESAR *(Aparte.)* ¡Este maldito desafío!...

SALUS. Entró aquí con la espada desnuda en la mano... Vedla.

ALCAL. *(Tomando la espada de encima la silla y examinándola.)* ¡Hola! ¡Sangre! Muy bien. *(A los alguaciles.)* Llevad a este hombre a la cárcel.

SALUS. *(A don César, mientras se lo llevan.)* ¡Abur, Matalobos!

CESAR *(A don Salustio.)* ¡Sois un miserable, un infame!

PARTE QUINTA

Decoración anterior. Es de noche y hay una lámpara sobre la mesa.

R. BLAS ¡Esto se acabó! ¡Pronto voy a despertar de mi sueño, a perder todas mis ilusiones! Hasta el anochecer he ido errante y a la ventura por esas calles. Ahora espero y estoy tranquilo; por la noche se reflexiona mejor y tiene uno la cabeza más despejada. Por otra parte, nada veo en estas negras paredes que me haya de alarmar: los muebles están en buen orden, las llaves en los armarios y los mudos arriba durmiendo; en efecto, la casa se halla enteramente sosegada y no tengo motivo para alarmarme. Todo irá bien: mi paje es muy fiel; don Guritán, tratándose de la reina, es hombre seguro!... ¡Dios mío! ¿No es verdad que puedo daros gracias? ¿Que habéis dejado llegar el aviso hasta ella y que me habéis ayudado a proteger a ese ángel, desconcertando las tramas de don Salustio? ¿No es verdad, Dios mío,

que nada tiene que temer ni padecer, que está ya salvada y que puedo ya morir? *(Saca del pecho una redomita y la pone encima de la mesa.)* ¡Sí, muere, hombre cobarde; húndete en el abismo como quien expia un crimen, aquí en esta casa y en un estado vil, miserable y abandonado! *(Al decir esto aparta un poco la bata y deja ver la librea de lacayo que llevó en el primer acto.)* ¡Muere bajo tu propia librea y sea ésta tu mortaja!... Pero ¿y si el genio infernal viniese a contemplar a su víctima exánime?... *(Va a atrancar la puerta secreta con un mueble.)* ¡Al menos no podrá entrar por esta horrible puerta!... ¡Y ella me amaba! ¡Y no ha de volver un solo instante del tiempo pasado! Sin embargo, ¡estreché su mano!... ¡Oh, ángel adorado! ¡Debo morir en medio de la desesperación! ¡Recordando su vestido, cuyos menores pliegues participan de su gracia; su pie, que hacía retemblar mi corazón a cada paso que daba; sus ojos, en que me embriagaba; su voz, su sonrisa!... ¡Ah, no la veré ni la oiré más!... ¿Es posible? *(Alarga angustiosamente la mano para coger la redoma, y en el momento en que la empuña medio convulso, ábrese la puerta del fondo y sale la reina vestida de blanco, con un manto de color oscuro, cuyo capuchón, echado atrás, deja ver el rostro descolorido. Saca una linterna sorda, la pone en el suelo y corre hacia Ruy Blas.)*

REINA ¡Don César!

R. BLAS *(Volviéndose con un movimiento de espanto y abrochándose la bata para ocultar la librea)* ¡Dios mío! ¡Ella! ¿En qué horrible lazo ha venido a caer? *(Alto.)* ¡Señora!...

R. BLAS ¿Quién os hizo venir aquí?

REINA Vos mismo.

R. BLAS ¿Yo?... ¿Cómo?

REINA Recibí de parte vuestra...

R. BLAS *(Con afán.)* ¡Hablad pronto!

REINA Una carta.

R. BLAS ¿Mía?

REINA Escrita de vuestra mano.

R. BLAS ¡Hay para romperse la cabeza contra las paredes! Pero, señora, yo no la he escrito; estoy cierto de ello!

REINA *(Sacando del pecho un billete y presentándolo a Ruy Blas.)* Leed.

R. BLAS *(Leyendo.)* «Un terrible peligro amenaza mi vida; sólo vos, reina mía, podéis librarme de él...» *(Mira la carta estupefacto, como no pudiendo seguir adelante.)*

REINA *(Prosiguiendo y señalando con el dedo la línea que lee)* «... viniendo esta noche a mi casa; de lo contrario, estoy perdido sin remedio».

R. BLAS *(Con voz desfallecida.)* ¡Qué horrible traición! Este billete...

REINA *(Continúa leyendo.)* «Entraréis de noche, sin ser conocida de nadie.»

R. BLAS *(Aparte.)* No me acordaba ya de este fatal billete. *(A la reina, con voz resuelta.)* Marchaos, señora.

REINA Ya me iré, don César; pero muy mal me tratáis! ¿Qué he hecho, pues?

R. BLAS ¿Qué habéis hecho? ¡Os perdéis!

REINA ¿Cómo?

R. BLAS No puedo explicarlo; ¡pero huid, huid pronto!

REINA Para obrar con toda seguridad he tenido la precaución de enviar aquí esta mañana una dueña...

R. BLAS ¡Por el cielo!... ¡Cada instante que tardáis en marcharos, aumenta excesivamente mis temores sobre vuestra vida!

REINA *(Como ocurriéndole una idea repentina.)* El amor que os profeso me inspira lo que debo hacer. Os halláis en uno de aquellos instantes funestos de inminente peligro y queréis alejarme a fin de que no participe de él; pero por lo mismo me quedo aquí.

R. BLAS Pero, señora, ¡qué ocurrencia! ¡Quedaros a una hora semejante y en un sitio como éste!

REINA La carta, en efecto, es vuestra; por lo tanto...

R. BLAS *(Levantando las manos al cielo con emoción.)* ¡Bondad divina!

REINA ¿Querríais alejarme?

R. BLAS *(Cogiendo la mano de la reina.)* Bien podéis comprender...

REINA Todo lo adivino; en los primeros momentos me escribisteis; pero luego...

R. BLAS No; yo no os he escrito. Huid, señora, pues vuestra misma inocencia os ha hecho caer en un lazo diabólico. ¡Que no halle palabras para convenceros! Oidme; yo os amaba, ya lo sabéis, y para salvaros del error en que estáis me arrancaría el corazón. Sí, ¡os amo! ¡Pero idos!

REINA ¡Don César!...

R. BLAS ¡Partid!... Mas ahora me acuerdo que alguien ha debido abriros la puerta.

REINA Ciertamente.

R. BLAS ¿Quién fué? ¡Hablad!

REINA Algún hombre encubierto y oculto tras la pared.

R. BLAS ¡Encubierto! ¿Y qué dijo ese hombre? ¿Es de alta estatura? *(En este instante aparece un hombre embozado en la puerta del fondo.)*

EMBOZ. Fuí yo. *(Quítase el embozo y se ve a don Salustio, a quien reconocen aterrorizados así la reina como Ruy Blas.)*

R. BLAS ¡Huíd, señora!

SALUS. Es tarde; la señora de Neuburgo ya no es reina de España.

REINA *(Horrorizada.)* ¡Don Salustio!

SALUS. *(Señalando a Ruy Blas.)* Y en adelante seréis para siempre la compañera de este hombre.

REINA En efecto, se me ha tendido un lazo, ¡gran Dios!, y don César...

R. BLAS *(Con desesperación.)* ¡Señora! ¡Ah! ¡Qué habéis dicho!

SALUS. *(Adelantándose con pasos lentos hacia le reina.)* Estáis en mi poder, señora... Pero voy a hablar sin disgustar a vuestra majestad, pues estoy muy tranquilo. Escuchadme y no movamos un alboroto. Os he hallado a solas con don César, en su misma estancia, a las doce de la noche. Este hecho, tratándose de una reina, bastaría, haciéndose público, para anular en Roma el matrimonio, puesto que muy pronto estaría informado de él el Santo Padre; pero las cosas pueden ha-

cerse sin escándalo, y mediante vuestro consentimiento todo puede permanecer secreto. *(Saca de la faltriquera un pergamino, lo desenrolla y lo presenta a la reina.)* Poned la firma en esta carta para el rey nuestro señor; la haré remitir al escribano mayor y en seguida, un coche *(Señala hacia el exterior)* en el cual he puesto bastantes caudales y que está aguardando a la puerta, se os llevará a ambos al instante. Yo os prestaré todo mi auxilio, y sin que nadie os inquiete podéis ir por Toledo y Alcántara hacia Portugal o hacia donde gustéis, que el punto para mí importa muy poco, y a todo cerraré los ojos. Obedeced; os juro que en este instante sólo yo conozco la aventura; pero si os negéis a poner vuestra firma, mañana se sabrá en todo Madrid. Así, no nos encolericemos, pues; repito que estáis en mi poder. *(Señala la mesa en donde hay recado de escribir.)* Ahí tenéis lo necesario para escribir, señora.

REINA *(Cayendo abatida en un sillón.)* ¡Estoy en su poder!...

SALUS. No reclama más que vuestro consentimiento para enviarlo al rey. *(Aparte a Ruy Blas, que permanece escuchando inmóvil y como herido de un rayo.)* ¡Déjame hacer, amigo, que trabajo en tu provecho! *(A la reina.)* Firmad.

REINA *(Temblando y aparte.)* ¿Qué hacer?

SALUS. *(Inclinándose al oído de la reina y presentándole una pluma.)* ¡Vamos! ¿Qué importa, al fin, una corona? Al perderla ganáis la felicidad. Todos mis criados han quedado afuera, y nadie sabe lo que pasa aquí, excepto nosotros tres. *(Trata de ponerle la pluma en los dedos, sin que ella la tome ni la rechace.)* ¡Vamos a cuentas! Si no firmáis, vos misma os perdéis, y en este caso el escándalo, un claustro...

REINA *(Abatida.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío!

SALUS. *(Señalando a Ruy Blas.)* César os ama y es digno de vos; os aseguro que desciende de una gran familia; es casi un príncipe, un señor con su castillo y su feudo en el campo: duque de Ol-

medo, Bazán, grande de España. *(Diciendo esto impele la mano de la reina, que parece dispuesta a firmar, temblando y llena de angustia.)*

R. BLAS *(Como despertando de repente.)* Señora, me llamo Ruy Blas y soy un lacayo. *(Arranca de la mano de la reina la pluma y el pergamino, que hace mil pedazos.)* No firmáis, señora. Ya no podía contenerme y pensé que me ahogaba.

REINA ¿Qué está diciendo? ¡Don César!...

R. BLAS *(Abriendo su bata y dejando ver su librea de lacayo y sin espada.)* Digo que me llamo Ruy Blas y que soy criado de este hombre. *(Vuélvese hacia don Salustio.)* ¡Digo que basta de traición y de infamia, y que no quiero ser feliz a tal precio! ¡Gracias! ¡Habéis hecho bien hablándome al oído! Que es hora ya de que despierte, aunque enredado enteramente en vuestras horribles tramas. Digo, en fin, que de ahí no paso y que los dos, señor, formamos una pareja infame: yo llevo la librea de lacayo, y vos tenéis el alma aun más baja y vil que el último de los criados del verdugo.

SALUS. *(A la reina, con frialdad.)* Este hombre es, en efecto, uno de mis criados. *(A Ruy Blas, con autoridad.)* Ni una palabra más.

REINA *(Exhalando un grito de desesperación.)* ¡Justos cielos!

SALUS. *(Prosiguiendo.)* Sólo que ha hablado un poco antes de tiempo. *(Cruza los brazos, pónese estirado y dice con voz atronadora.)* Pero no importa; ahora me parece que puedo hablar claro; mi venganza queda satisfecha en parte. *(A la reina.)* ¿Qué os parece del lance? Creo, a fe mía, que Madrid va a reírse mucho. Vos me desterrásteis: yo os destrono y os destierro también, y de ello me aplaudo. Me ofrecísteis por esposa vuestra doncella, y yo os doy mi lacayo por amante, y también podéis darle la mano de esposa; su corazón será vuestro tesoro y lo habréis hecho duque para ser vos duquesa. *(Rechinando los dientes.)* ¡Ah!, me humillásteis y hollásteis bajo vuestras plantas, y pudísteis dormir tranquila!

¡Oh! ¡Harto confiada mujer! *(Mientras don Salustio sigue hablando a la reina, Ruy Blas se dirige despacio a la puerta del fondo y echa el cerrojo sin ser visto; luego va sin hacer ruido por detrás de don Salustio, y con un movimiento repentino y súbito cógele la espada por el puño y la desenvaina, al pronunciar don Salustio, airado, sus últimas palabras.)*

R. BLAS *(Con ademán terrible y con la espada de don Salustio en la mano.)* ¡Creo que acabáis de insultar a vuestra reina! *(Don Salustio se precipita a la puerta, pero Ruy Blas le ataja el paso.)* No os toméis la molestia de querer salir por aquí, porque hace rato que he echado el cerrojo... Marqués, hasta ahora el demonio te ha protegido; pero fuerza es que se presente él mismo si quiere arrancarte de mis manos. Ahora me toca a mí, y no entrará nadie, ni tus criados, ni el mismo infierno; he de aplastar a esta víbora que encuentro al paso: ahí te tengo bajo mis pies, ¡y por Dios que he de acabar con un monstruo como tú! Este hombre, señora, os hablaba con insolencia; no lo extrañéis, porque ni tiene alma ni corazón; ayer me martirizó a su sabor; me hizo cerrar una ventana a pesar de mis ruegos y sufrimiento. *(A don Salustio.)* Hace un momento estábais refiriendo vuestros agravios; no respondo a ellos, ni los he entendido; pero os atrevisteis, estando yo aquí, a ultrajar a vuestra reina, a una señora adorable, ¿y pudísteis imaginaros que os dejaría hacer sin abrir los labios? Escuchad: cuando un traidor, un pícaro comete ciertos actos monstruosos y criminales, cualquiera, noble o plebeyo, tiene derecho de escupirle a la cara su sentencia, y tomar una espada, hacha o cuchillo, y... ¡Fuí lacayo! Ahora seré verdugo.

REINA ¡Cómo! ¿Vais a herirle?

R. BLAS Siento infinito tener que desempeñar tales funciones en vuestra presencai; pero es preciso que el asunto quede desde ahora terminado en este sitio. *(Empuja a don Salustio hacia un gabinete.)*

Ya está dicho, señor mío; id allí adentro a encomendar vuestra alma a Dios.

SALUS. ¡Esto es un asesinato!

R. BLAS *(Con ironía.)* ¿De veras?

SALUS. *(Echando alrededor de sí una mirada llena de rabia.)* ¡Nada en estas paredes, ni siquiera un clavo! *(A Ruy Blas.)* ¡A lo menos concédeme una espada!

R. BLAS Marqués, os chanceáis. ¿Acaso creéis que soy yo caballero? Yo soy un criado tuyo, de esa chusma con librea que el dueño puede castigar a latigazos. ¡Ahora voy a matarte como a un infame, como a un perro!

REINA Perdonadle.

R. BLAS *(A la reina, y cogiendo a don Salustio.)* Señora, aquí se da cumplimiento a una venganza, y el ángel no puede salvar ya al demonio.

REINA ¡Perdón!

SALUS. *(Llamando.)* ¡Socorro! ¡Me asesinan! ¡Socorro!

R. BLAS ¿Acabásteis ya?

SALUS. *(Echándose sobre Ruy Blas y gritando.)* ¡Muero asesinado!

R. BLAS *(Empujándole hacia el gabinete.)* ¡Mueres castigado! *(Los dos desaparecen en el gabinete, cuya puerta se cierra tras ellos.)*

REINA *(Que ha quedado sola, cayendo medio desvanecida en un sillón.)* ¡Justos cielos! *(Momentos de silencio; luego vuelve Ruy Blas, pálido y sin espada. Da algunos pasos vacilantes hacia la reina, que permanece inmóvil y como helada; luego cae de rodillas, con los ojos en el suelo, como no atreviéndose a levantarlos hacia la reina.)*

R. BLAS *(Con voz baja y grave.)* Ahora es preciso que, sin acercarme a vos, señora, os diga con franqueza que no soy tan culpable como tal vez me creéis. Conozco cuán horrible debe pareceros mi traición... ¡Oh!, no es fácil referirlo. No obstante, no tengo un alma vil; antes en el fondo soy honrado... Este amor ha sido mi perdición. No trato de defenderme, pues sé que hubiera debido encontrar algún medio de evitarlo; pero la falta

está consumada; ¡ya veis cuánto os he amado!

REINA Caballero...

R. BLAS *(Siempre de rodillas.)* No temáis; no me acercaré a vos, señora; pero quiero referirlo todo, punto por punto, a vuestra majestad. ¡Ah!, creed que no tengo un alma vil. Hoy he corrido todo el día por la ciudad como un loco, y muchas veces ha llamado la atención de las gentes mi extraña actitud. ¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí, pues se me parte el corazón!

REINA ¿Qué es lo que queréis?

R. BLAS *(Juntando las manos.)* Que me perdonéis, señora.

REINA Nunca.

R. BLAS ¿Nunca? *(Levántase y va lentamente hacia la mesa.)* ¿Nunca?

REINA Lo repito; ¡nunca!

R. BLAS *(Tomando la redomita del veneno que está sobre la mesa y sorbiéndolo de una vez.)* ¡Apágate, desventurada llama!

REINA *(Levantándose y corriendo hacia Ruy Blas.)* ¿Qué habéis hecho?

R. BLAS *(Poniendo la redoma sobre la mesa.)* Nada. Ya han terminado mis males. Nada; vos me maldecís, y yo os bendigo; esto es todo.

REINA *(Fuera de sí.)* ¡Don César!

R. BLAS ¡Cuando pienso, ángel mío, que me habéis amado!

REINA ¿Qué viene a ser ese extraño filtro? ¿Qué habéis hecho? ¡Decidme! ¡Responded! ¡Hablad! ¡Don César! ¡Yo os perdono, os amo y os creo!

R. BLAS ¡Me llamo Ruy Blas!

REINA *(Pasándole el brazo por la espalda.)* Ruy Blas, os perdono. Pero ¿qué habéis hecho? Hablad, yo lo mando. ¿Sin duda este horrible contenido era veneno? Hablad.

R. BLAS Sí, era veneno; pero mi corazón rebosa de consuelo. ¡Dios mío! ¡Soberana justicia, permitid que un pobre lacayo bendiga a esta reina, pues que ella ha consolado mi corazón en sus tormentos, y habiendo vivido por amor suyo, muero compadecido!

REINA ¡Veneno! ¡Justo Dios! ¡Y yo he sido quien le

ha matado! *(A Ruy Blas.)* Os amo, y si os hubiera perdonado...

R. BLAS *(Desfalleciendo.)* Hubiera obrado de la misma manera. *(Apágasele la voz y la reina le sostiene.)* ¡Ya no podía vivir más! ¡Adiós! *(Señala la puerta.)* Huid pronto y todo quedará secreto... ¡Yo muero!

REINA ¡Ruy Blas! *(Se echa sobre su cuerpo y le da un beso.)*

R. BLAS *(Muriendo.)* ¡Gracia!

TELÓN

PM